

**Capítulo LXVIII.**

**De como recibió un terrible castigo de la Providencia un Infame, y fué entregado otro á la justicia humana.**

El amanecer de aquel segundo dia de su cautiverio habia sido horrible para las dos señoras.

Aunque se habia pretendido que comieran, la situacion en que se encontraban no les habia permitido tomar nada.

Desde el momento en que habian sido sorprendidas y arrebatadas, estaban enfermas.

Una palidez mortal cubria su semblante.

Ni aun se habian acostado, á pesar de que los cuatro bandidos que las guardaban las habian procurado, buscándolas en las cabañas de los pastores, pieles de carnero, como ya hemos dicho, y en tal abundancia que se habian obtenido dos lechos muy blandos.

En cuanto á los alimentos, se habia cuidado tambien de ellos; pero ya hemos dicho que aquellos alimentos habian sido tambien inútiles.

Los cuatro bandidos, á pesar de su ferocidad, trataban con una gran consideracion á las dos señoras.

Así se les habia prevenido.

Por la parte de afuera, otros ocho hombres cubrian los desfiladeros que hasta allí conducian, y observaban sin reposar y relevándose cuando alguno de ellos tenia necesidad de descansar.

El contrabandista Gallifero, que se habia presentado á las dos señoras, las habia asegurado que al dia siguiente serian puestas en libertad.

Esto habia aterrado de una manera vaga, pero terrible, á Margarita y á Magdalena.

¿Por qué se las habia robado, por qué se las habia encerrado allí, si habian de ponerlas al fin en libertad?

¿Qué era lo que se habia pretendido con su rapto?

¿Qué intriga oscura y miserable se ocultaba detrás de aquello?

Margarita pensaba en la princesa de Astúrias; pero la repugnaba creer que María Luisa hubiese llegado á una tal perversion de la conciencia, que se hubiese hecho capaz de un crimen.

Y luego ¿para qué esto si se las habia de poner en libertad?

Margarita y Magdalena habian creido encontrar una gran sinceridad en el hombre que las habia hablado al pronunciar aquellas palabras.

No podian, pues, de ninguna manera explicarse el objeto de su prision.

Y el contrabandista habia mentido.

En nada se pensaba ménos que en poner en libertad á las dos señoras.

Muy pronto se convencieron de que esto era falso.

Al amanecer del dia en que el superintendente, con su pequeño ejército, que así podia llamarse á los doscientos ó más hombres que le acompañaban, se acercaba á aquella oculta guarida, un hombre penetró en la cueva.

Venia elegantemente vestido, y un antifaz cubria su semblante.

Pero Margarita no pudo desconocerle en el momento en que le vió.

Era el marqués de Letour, su supuesto abuelo, el hombre terrible de quien se habia visto obligada á huir dos años antes, y por el cual y á causa de su fuga habia conocido al conde de la Salmedina.

El marqués de Letour se habia atrevido á salir con Calcorra del escondite en que se ocultaban.

La impaciencia y su pasion le habian hecho incurrir en aquella audacia, en el momento en que debia suponerse que la policia y los ministros de justicia estuviesen olfateando por todas partes.

A Margarita se le heló la sangre, cuando, á pesar de su antifaz, reconoció á Godofredo de Armagnac.

En cuanto á Calcorra, que le acompañaba y se habia quedado á la entrada de la gruta, tambien cu-

bierto con un antifaz, no le habia reconocido ni tenia motivo para ello.

Margarita no habia visto más que una sola vez á Calcorra cuando su aventura en el puente de Segovia, y no habia vuelto á verle.

El marqués de Letour despidió á los cuatro bandidos que guardaban á las dos señoras; pero previéndoles velasen á la entrada de la gruta.

Calcorra no habia pasado de aquella entrada.

De Armagnac se quitó la careta, pero Calcorra mantuvo la suya.

—¡Sí! ¡sí!— exclamó Margarita;—lo comprendo todo: esto es una infamia propia de vos.

—Y bien,—dijo el marqués de Letour,—esto que tú llamás una infamia, no es más que un impulso irresistible de mi corazon y de mis celos. Harto tiempo he sufrido, harto tiempo he callado, y al fin no he podido contener el resultado de mi desesperacion. Tú lo sabes, Margarita; tú eres la causa de todo; tú sabes muy bien que ningun vínculo de la sangre me une á tí; tú conoces cuánto te amo y cuánta es la locura que mi amor me ha inspirado.

—¡Sois miserable hasta el cinismo!— exclamó Margarita.—Estais hablando de cosas horribles delante una de las cuales, á lo ménos mi buena madre Magdalena se horroriza de oiros. En cuanto á ese otro miserable que permanece á la puerta de este antro, debe estar acostumbrado á la infamia; no le conozco; pero de él se desprende un hálito de crimen.

Calcorra soltó una insolente carcajada sarcástica.

—Concluycmos, Margarita,—dijo el marqués de Letour.—Tú no estás bien aquí. Yo no quiero que continúen tus dudas, tus vacilaciones, tus temores; es preferible que sepas la verdad á que luches con una terrible duda. Me perteneces, y por esta vez nadie te arrancará de mi poder.

—¿Y mi marido?—exclamó Margarita, que no pensaba en otra cosa que en el conde de la Salmedina.

En cuanto á Magdalena, callaba aterrada.

Miraba de una manera suprema á aquellos dos hombres, y agonizaba casi.

—¡Tu marido!—dijo de Armagnac,—no me nombres á ese hombre, que le aborrezco tanto más cuanto más me he visto obligado á afectar las muestras de un cariño que yo no podia sentir por él, que nunca has debido tú creer que yo sintiera.

—Yo creia y creo en la misericordia de Dios; yo creia y creo que Dios puede tocar siempre con su dedo terrible el corazon de los réprobos y convertirlos; yo creia y creo que Dios no abandona á los que le temen, á los que le aman, á los que en él confian, y á pesar de tu infamia, Godofredo de Armagnac, espero en Dios, que me salvará de tí.

—¡Dios! ¡Dios!—exclamó soltando una carcajada insensata Godofredo de Armagnac.—¡Dios! ¡Dios! ¿Y qué tiene que ver Dios con todo esto? ¿quién es Dios? ¿á dónde está Dios? Si ese Dios existe, ¿por qué

permite que el corazón humano se agite en la convulsión del corazón, en la desesperación de la rabia y de la impotencia? No; lo que el hombre hace no es suyo; lo que el hombre hace viene á él de afuera. El hombre no es más que una masa miserable, sujeta á influencias que le modifican, que le trasforman, que son su razón de ser. ¡Dios! ¡Dios! Si existe Dios, ¿qué derecho tiene á acusar al hombre de las consecuencias de las pasiones que se agitan en su corazón, y cuya causa el hombre no ha creado? ¡No me habléis de Dios! Esto es inútil; yo estoy desesperado, yo estoy loco, yo estoy resuelto á todo. ¿Qué puede acontecerme? ¿la muerte? Prefiero morir á vivir en el estado horrible en que tu amor me ha puesto.

—¡Pero esto es espantoso!—exclamó, pudiendo hablar al fin, Magdalena.—¡Este hombre es un monstruo!

—¿Qué sabéis vos de esto, vieja marquesa, que por un fenómeno, por un milagro de la naturaleza, conserváis, á pesar de vuestros años, vuestra belleza fresca y juvenil? Pero sí, sí: vos sabéis algo: vos también estais desesperada, y si no habeis recurrido á los medios extremos para aliviar vuestra desesperación, es porque vos no teneis el alma de fuego que tengo yo, la tenacidad de fiera que hay en mi carácter.

—Callaos.

—Callaos vos, Magdalena; vos habeis podido disimular ante todo el mundo, ante Margarita, ante vuestro propio sobrino, la pasión que os corroe

por él el alma y que os empalidece. Si vos no habeis deseado la muerte de Margarita, es no sé por qué, porque Dios ha hecho criaturas que saben sufrir sin odiar.

—¡Oh! ¡qué horrible hombre!—exclamó Magdalena.—¡Qué calumnia tan inicua y tan infame! Mientes tú, ¡miserable! mientes tú,—exclamó, levantándose indignada.—Sí, yo he amado y amo de tal manera á mi sobrino, que mi amor para él es el conjunto de todos los amores que una mujer puede tener por un hombre; sí, es verdad; pero mi amor es digno y puro; más que otra cosa es el amor de una madre. La felicidad de Luis es mi felicidad, y la mujer que hace feliz á mi Luis es mi hija, mi amor, tanto como él. ¡Infame! ¿qué sabes tú del amor, blasfemo, tú que no conoces á Dios? ¿cómo quieres conocer el amor? Es imposible que Dios permita el logro de tus infamias, es imposible; y yo te desafío, sí, yo, una débil mujer, me levanto delante de tí, porque estoy segura de que me ampara el poder de Dios.

—¡Ah! Tú estás loca, marquesa,—exclamó riendo Godofredo de Armagnac.—Y bien, si amas tanto á tu Margarita, tendrás la satisfaccion de vivir á su lado y consolarla de las amarguras que la cause el ver junto á ella, en vez de su hermoso conde de la Salmedina, al terrible Godofredo de Armagnac. ¡Oh! para mí empieza una era de felicidad, no de amor; pero la posesion de Margarita y la satisfaccion de mi venganza al verla sufrir, empalidecer, morir bajo la violencia de mi amor...

—La muerte mil veces antes,—exclamó Margarita, arrojándose tan de improviso sobre Godofredo de Armagnac, que éste no pudo evitar que Margarita se apoderase de su espada y la desenvainase.

En aquel momento Calcorra avanzó hácia la mano en que Margarita tenia empuñada la espada, y la arrolló haciéndola caer sobre uno de los lechos de pieles.

—¡Ah!—exclamó Godofredo de Armagnac;— ¿quién os ha permitido una violencia contra esa señora? ¿quién os ha llamado? Dejad, dejad á esa señora; dejadla que me mate: la muerte recibida por su mano será para mí un beneficio. ¡Ah! yo miento; yo no puedo violentarla, yo no puedo hacer nada contra ella, yo no puedo más que desesperarme y morir. Esta es una pasión del infierno, que me corroe las entrañas, que me obliga á separarla del hombre aborrecido que ha tenido la inmerecida fortuna de inspirarla un amor que hubiera hecho la felicidad inmensa de mi vida. Dejadla que me mate; ¿qué me importa? Yo habré muerto, pero ¡él! ¡él! ¡él! habrá muerto también á estas horas!

—¿Qué es lo que decís?—exclamó Margarita, levantándose de sobre el lecho en que la habia arrojado Calcorra por la violencia de su empuje, pero sin espada, porque Calcorra se la habia arrebatado;— ¿qué es lo que decís? ¿que mi Luis ha muerto?

—¡Oh! sí, sí, ¡muerto! ¡muerto!—exclamó Godofredo de Armagnac;—esto debia ser alguna vez: su vida era mi rabia, y esa rabia la ponzoña de mi





MOTIN DE ESQUILACHE.—...Calcorra avanzó hácia la mano en que Margarita tenia empuñada la espada.



corazon: matadme, matadme; yo no quiero otra cosa.

Margarita miró de una manera inmensa, terrible, á Godofredo de Armagnac.

Quiso avanzar hácia él, pero le flaquearon las rodillas.

Se le nublaron los ojos, dió un grito y cayó desmayada en los brazos de la marquesa de Vallezarzal.

La noticia de que su marido habia muerto á aquellas horas le habia roto el corazon.

Margarita parecia un cadáver.

La marquesa de Vallezarzal lo olvidó todo, y sólo pensó en el estado terrible en que Margarita se encontraba.

—¡Oh! no sois hombres, sois fieras,—exclamó Magdalena.—Pero pronto, pronto, no lleveis vuestra infamia hasta el último extremo, es necesario socorrer á esta desgraciada. Si, si, no perdais tiempo; Margarita se muere.

Esta palabra fué de un efecto mágico.

Godofredo de Armagnac se lanzó fuera de la gruta.

—¿Adónde vais?—exclamó Calcorra.—¿Hasta dónde llegará vuestra locura? Que la habeis matado; ¿qué importa? Eso os curará de vuestra pasion. A la muerte no se ama. Yo no os permito salir.

Godofredo de Armagnac crespó los puños, é iba á lanzarse sobre Calcorra, cuando resonó cerca, entre las breñas, un estampido.

A aquel estampido habian sucedido uno, y otro, y otro.

Se habia empeñado un terrible combate.

Calcorra, que tenia el gran don de no perder jamás la serenidad, se lanzó fuera de la gruta pretendiendo huir.

Godofredo de Armagnac, aturdido, se lanzó tambien fuera; pero al asomar al profundo boquete dió un rugido, saltó sobre si mismo, cayó, se despeñó por el borde de la meseta que precedia á la entrada de la gruta, y rebotó de roca en roca hasta el inmediato barranco.

Una bala le habia alcanzado en la cabeza entre los dos ojos.

La tapa de su cráneo habia saltado hecha pedazos.

El superintendente habia sido detenido por el disparo de uno de los hombres que esperaban, cubriendo uno de los desfiladeros de al rededor de la gruta.

Aquel disparo le habia muerto un hombre.

La muerte de este hombre fué la señal de un combate y de una carga á todo trance.

El superintendente habia extendido su fuerza en semicírculo por delante de la gruta, que estaba en un bajo, al que se llegaba por una agria escarpadura.

Los cuatro bandidos que habian estado guardando dentro á las dos señoras, se habian lanzado tambien por la escarpadura, y habian aumentado con su fuego el de los otros ocho hombres.

Pero el combate fué muy rápido.

Los que acompañaban al superintendente de policía eran bravos y acostumbrados al peligro.

Muy pronto cinco de los bandidos fueron muertos, y los otros, cortados, se vieron presos y maniatados.

El superintendente avanzó y cogió al paso, en el momento en que pretendía esconderse en un jaral, á Cosme Calcorra.

Este miserable, este hombre fiero, este lobo humano, pretendía hacerse matar antes de rendirse.

Preveía el desenlace que esperaba á su vida de crímenes y de infamias.

Pero el superintendente pudo apoderarse de él sin que recibiese la más leve herida.

Bien es verdad que el apoderarse de Cosme Calcorra habia costado algunas puñaladas á los hombres que se habían echado sobre él.

El superintendente siguió adelante con un valor inaudito trepando el primero por la cortadura que conducia á la gruta, á pesar de que ignoraba si al entrar en la gruta sería asesinado.

La gruta habia quedado completamente libre.

Sólo se encontraba en ella Magdalena, que tenia en sus brazos á Margarita sin sentido y espirante casi.

La marquesa de Vallezarzal lloraba á gritos, se desesperaba, besaba á Margarita, como si con sus besos hubiera pretendido volverla á la vida.

Y tal era la fuerza de la emocion que dominaba á la pobre marquesa, que no se apercibió de que el superintendente entraba en la gruta.

Seguian al superintendente el comisario y algunos agentes de policia, armados.

—¡Oh! ¡gracias á Dios!—exclamó el superintendente;—las hemos salvado.

—¡Ah!—exclamó Magdalena, apercibiéndose entonces de la presencia del superintendente y del comisario.—¿Que nos habeis salvado decís! Dios lo quiera. ¿No veis esta desgraciada que agoniza entre mis brazos?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó el superintendente.—¿La han asesinado esos miserables?

—¡Oh! tal vez,—exclamó Magdalena, que lloraba á lágrima viva, con las palabras entrecortadas por el llanto.—Si, sí, es muy posible que la hayan asesinado, aunque no han herido su cuerpo; pero han herido su alma. ¡Oh! ella le ama con todo su corazon, con toda su vida, con todo su ser, y le han dicho que tal vez á estas horas el hombre que es su delirio, su vida, habria muerto.

—¡Muerto el señor conde de la Salmedina!—exclamó de una manera profunda el superintendente.—¡Muerto! ¡quién sabe! estos miserables eran capaces de todo.

—Pero pronto, pronto: es necesario socorrer á esa señora, trasladarla al pueblo más inmediato. ¡Oh, Dios mio, qué desgracia! Esto amarga la satisfaccion que yo traia por el gran servicio que acabó de prestar á la sociedad. ¡Oh! ¡y que se alienten tales crímenes en corazones humanos!

—Venid, venid, levantad cuidadosamente á esta señora, trasportadla; es necesario socorrerla cuanto antes.

—En efecto, se encuentra en un estado peligrosísimo.

Y así era la verdad.

En el inmóvil semblante de Margarita aparecía una expresion terrible.

Parecía que su alma comprimida iba á estallar, haciendo pedazos su ser.

No podia darse un sufrimiento más agudo, más terrible, más desesperado que el que aparecía en aquel hechicero semblante, demudado por una lividez, por una contorsion tan espantosa como la de la muerte.

Cuatro de los hombres que habian aumentado la fuerza del superintendente, pusieron á Margarita sobre un capote de monte y la sacaron cuidadosamente á fuera.

Se emprendió la marcha.

Magdalena, que apenas podia tenerse de pié, fué puesta en una de las caballerías que se habian quedado á poca distancia de allí.

Muy á retaguardia de Magdalena, para que no le viese, se puso á Cosme Calcorra atado por las piernas al aparejo, y con los brazos también fuertemente atados á la espalda.

Cosme Calcorra se habia aplomado, se habia anquilado, por decirlo así, habia gastado sus últimas fuerzas en aquella lucha; veia claro el fin que le es-

peraba, y la ferocidad de su alma se había convertido en terror.

Y no era solamente el terror de la muerte, y de una muerte infame, lo que aniquilaba á Calcorra; era el pensamiento de que Ana del Rey iba á sobrevivirle, de que tal vez el lazo que se había tendido al conde de la Salmedina no produciria el resultado que se había propuesto, y que sobreviviria á la traicion que contra él se había urdido; que continuaria amando sin obstáculos, sin temor de ningun género, á Ana del Rey.

Esto era más de lo que podia sufrir aquella alma infame, y de aquí su aniquilamiento, de aquí su prostracion.

Podia decirse que Cosme Calcorra había sido ya herido por la mano de Dios; que la ejecución de la justicia divina se había anticipado á la justicia humana.

—Más á retaguardia aún, sobre otra caballería, iba el cadáver horrible de Godofredo de Armagnac. Así este largo convoy, que tenia mucho de fúnebre, atravesó las primeras asperezas de la sierra de Guadarrama.

Llegó á lo llano y se detuvo en el pueblo, donde fué depositado el cadáver de Godofredo de Armagnac y dejada Margarita en casa del alcalde al cuidado de Magdalena.

El superintendente siguió adelante con Calcorra, y llegó al mediodía á Madrid.

Calcorra fué encerrado en la cárcel, sepultado en



un profundo calabozo, cargado de cadenas é incomunicado.

Entre tanto, el contrabandista Gallifero habia sido sorprendido en su casa y llevado tambien á la cárcel.

Poco despues el conde de Aranda recibia al superintendente, y éste le contaba detalle por detalle lo que habia acontecido.

El conde de Aranda envió inmediatamente á buscar al conde de la Salmedina; pero le respondieron que la tarde antes el conde de la Salmedina habia salido de su casa y que aun no habia vuelto.

—Dios quiera,—exclamó el conde de Aranda al recibir esta contestacion,—que mi buen amigo el conde de la Salmedina no haya cometido una imprudencia que no sea reparable ya.

É inmediatamente dió las órdenes más apremiantes para que se buscara por todas partes al conde de la Salmedina.

## Capítulo LXIX.

De como era inapreciable la lealtad de Baltasar, y hasta  
dónde llegaba la fiera borbónica de Carlos III.

Pasaron algunos dias.

El conde de la Salmedina no parecia por ninguna parte.

Se habian empezado á concebir temores de que el conde hubiese sido asesinado, y oculto su cadáver de una manera tal que hacia imposible se diese con él.

Ninguno de los que le habian acompañado habia vuelto.

Esto era extraordinariamente extraño.

Esto les hacia temer todo.

Margarita habia permanecido tres largos dias en un estado de insensibilidad absoluta.

Los mejores médicos de Madrid, que habian acu-

dido á cuidar de ella, habian puesto muy mala cara y habian declarado que aquel parosismo tendria un funesto resultado.

—De todas maneras,—decian,—si esta señora no muere quedará en un estado lamentable. La conmocion que ha experimentado ha sido de tal manera, que se ha lesionado su cerebro; la congestion es insistente, pero no se determina; hay que temer que, si sobrevive, quede afectada por la locura.

Margarita dió, en fin, señales de vida á los tres dias; pero apareciendo en un estado de delirio espantoso.

A pesar de que para contenerla dos hombres forzudos se veian obligados á retenerla en el lecho, gritaba, se enfurecia y pretendia ir á buscar á su marido.

Otras veces la situacion era espantosa; parecia que veia la sombra sangrienta del conde de la Salmedina, y hablaba con ella, y lloraba, y rugia, y se desesperaba, y llegaba al punto de que se hacia imposible presenciarse, sin sentirse conmovido de una manera punzante, su delirio.

El pronóstico de los médicos se cumplia desgraciadamente.

Margarita estaba loca.

Habia que esperar, sin embargo, que de la misma manera que la congestion cerebral habia cedido, cediese tambien la locura.

La pobre Magdalena sufría de una manera horrible, debemos confesarlo: sufría mucho más por la in-

certidumbre en que estaba acerca de su sobrino, que por la dolorosa, la terrible situación en que se encontraba Margarita.

El corazón de Magdalena se deshacía en lágrimas, y besaba de una manera convulsiva al pequeño hijo de su sobrino, que era un exacto retrato suyo.

Entre tanto, los esfuerzos para encontrar al perdido conde no cesaban, y sin dar resultado.

Al fin un día se supo la terrible verdad.

Don Baltasar se presentó desencajado, pálido, mal herido, al conde de Aranda.

—Y bien, ¿qué es lo que sucede?—le preguntó el conde.

—¿Qué ha de suceder!—exclamó don Baltasar.—Mi amo, mi pobre amo...

—Y bien, ¿qué?

—Mi pobre amo ha sido asesinado.

El conde de Aranda se hizo contar el lance.

—Y bien,—dijo don Baltasar.—Mi amo había recibido una carta, en que la señora condesa le avisaba de que era necesario fuese á libertarla del lugar en donde la tenían secuestrada, diciéndole que sólo á fuerza de oro había podido comprar á uno de sus guardianes, y logró de esta manera escribir la carta en que le avisaba á mi señor.

—¿Es decir,—dijo el conde de Aranda,—que vuestro señor recibió una carta de su mujer?

—Sí, señor.

—Y vuestro señor se olvidó de una preciosa advertencia que yo le había hecho. Yo le había dicho:

«Avisadme de cualquiera novedad que ocurra, de cualquiera cosa extraña que veais, por leve que sea.» Yo lo temia todo; yo sabia bien á qué género de gente habia que temer. Esa carta de vuestra señora á vuestro amo era sin duda una falsificacion.

—Eso debia ser, excelentísimo señor, —contestó conmovido y casi llorando Baltasar. —Mi amo no se acordó de nada: el amor á su pobre esposa le arras-traba. Me mandó á buscar gente brava que pudiese acompañarle, y yo la busqué, y partimos en el mo-momento en direccion al monte Boadilla.

—Mirad si esa carta era falsa, —dijo el conde de Aranda; —la princesa de Otranto no estaba secues-trada en el monte de Boadilla, sino en la sierra de Guadarrama, en una guarida de ladrones. Pero con-tinuad, amigo mio, continuad; os escucho profunda-mente conmovido; no sé cómo consolaros de la des-gracia de vuestro pobre amo, ni de la situacion en que se encuentra la princesa de Otranto.

—Pues qué, señor, —exclamó Baltasar apare-ciendo más y más conmovido, —¿qué sucede á mi señora?

—Está loca, —exclamó el conde de Aranda, tam-bien profundamente conmovido; —y se alimentan muy pocas esperanzas de curarla de su locura.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! —exclamó Balta-sar; —la ira de Dios ha caido sobre nosotros. Aquel miserable Calcorra...

—Calcorra morirá de mala muerte, de muerte miserable é infame como merece, —exclamó el conde

de Aranda,—ó yo me borraré el nombre que tengo.

—¿Y qué nos importa á nosotros que ese infame muera, aunque muriese aplastado como un reptil?

¿Quién remediará las inmensas desgracias que ha

causado? ¡Oh! Mi señor ha sido demasiado impru-

dente: yo se lo decia bien, porque yo tenia mucha

confianza con mi señor: vucencia está empeñado en

tres amores, dos de los cuales son ilegítimos, peli-

grosos, y pueden traer á vucencia una desgracia.

¡Ah! yo no sé si cometo una imprudencia, excelen-

tísimo señor, —añadió reponiéndose Baltasar;— el

dolor me extravía; he hablado de dos amores de mi

amo, y tal vez...

—No paseis cuidado por eso, amigo mio, —dijo el

conde de Aranda;—conocemos esos dos amores de

vuestro amo, esos dos amores funestos. Sin esos dos

amores, ¡oh! sin esos amores, vuestro amo hubiera

sido el hombre más feliz de la tierra; pero ¿qué se le

ha de hacer? Tenemos corazon, y corazon débil, y el

conde de la Salmedena se ha dejado arrastrar dema-

siado por su corazon. Pero no le han sido funestos

esos dos amores: uno sí: el que no ha debido alentar

nunca, porque no se comprende que le haya alenta-

do, estando favorecido legítimamente por la princesa

de Otranto, con una pasion disculpable por el valor

del conde por la princesa de Astúrias. Cesemos, ce-

semos en esto; yo sé demasiado que vos conoceis los

secretos de vuestro señor; yo sin haberlos buscado,

los conozco tambien. Vuestro señor, vos lo habeis

dicho, ha sido demasiado imprudente; se ha dejado

arrastrar de su corazón; pero lo que ha producido la tremenda desgracia en que ha caído la familia de vuestro amo, no ha sido ciertamente la princesa de Astúrias, no: la princesa de Astúrias no puede alentar en su corazón el crimen: lo que ha producido esa inmensa catástrofe ha sido el empeño de vuestro amo con esa Ana del Rey, unida en mal hora á un hombre tan terrible como Cosme Calcorra. Pero continuad, continuad; todo lo que puede hacerse es tomar una venganza horrible.

—¡Ah! mi amo ha tenido también otro enemigo terrible, y es necesario que usted no lo olvide. Ese enemigo, señor, era el señor marqués de Letour. A pesar de su disimulo, á pesar de su fuerza de voluntad para encubrir lo que sentía, á mí no me engañaba. Yo se lo había dicho á mi amo: usted cree que el marqués de Letour se ha convertido; usted cree que la mano de Dios ha tocado su corazón, que ha conocido la enormidad de sus pretensiones respecto á la señora, y que se ha curado de ellas, que se ha transformado; tened cuidado, señor, mirad que ese hombre es profundo como un pozo y negro como las tinieblas. Sin embargo, mi amo me llamaba visionario; mi amo confiaba en el marqués de Letour, mi amo había llegado á tomarle cariño. Y tenga presente vucencia que el autor de la catástrofe que ha tenido lugar, no es ciertamente Cosme Calcorra, no, sino el marqués de Letour.

—Y bien, ¿qué podemos hacer ya contra el marqués de Letour? ¿de dónde vienes?

—Vengo directamente del lugar en donde he estado herido y encerrado tres dias, y del cual he escapado solo por un milagro y de una manera que no comprendo. He llegado á casa de mi amo y me la he encontrado abandonada, sin más que los criados; y estos me han dicho que la señora estaba en el pueblo de Maudes muy enferma, y que cuidándola, estaba junto á ella la señora marquesa de Vallezarzal. Yo he venido inmediatamente á presentarme á vucencia, y despues de que haya dado parte á vucencia de lo que ha acontecido á mi pobre amo y de lo que me ha sucedido á mí, iré, sin pensar en mi herida ni en el descanso que necesito, á buscar á la señora marquesa de Vallezarzal y quedarme á cuidar á mi señora.

—Bien, bien; esto os honra, Baltasar: lo debeis todo á vuestro amo, y cumplís como bueno. Decid y os escucho.

—Pues bien, excelentísimo señor; mi amo cometió la imprudencia de fiarse de aquella maldita carta. ¿Quién habia de creer que no fuese verdadera? parecia de todo punto escrita por la mano de su excelencia.

—¡Oh, sí, sí! ¡siempre la falsificacion!—exclamó de una manera profunda, que no pudo comprender Baltasar, el conde de Aranda;—pero continuad.

—Como he dicho á vucencia, señor, mi amo me encargó le procurase gente brava, y yo se la procuré.

Partimos para el monte de Boadilla y llegamos á



él al mediodía, y segun se nos indicaba en la carta, debíamos tomar por un sendero, el cual nos conduciría al lugar en donde estaban presas las dos señoras.

En la carta se nos decía que la gente que las guardaba estaba dispuesta á entregarlas en el momento en que apareciese el señor conde.

Tomamos por aquel sendero, que era escabroso y ornado de la una parte y de la otra de espesas malezas.

De improviso, el conde dió un grito, abrió los brazos, cayó del caballo y no se movió.

Había salido un tiro de unas malezas de la izquierda.

La gente que nos acompañaba era brava y se lanzó al lugar de donde el tiro habia salido, pero no encontraron á nadie.

Pasado el primer impulso, aquellos pícaros que me acompañaban, porque pícaros eran, comprendieron que el lance que habia acontecido podría comprometerles, y como ninguno de ellos podia presentarse honradamente ante la justicia, se diseminaron y escaparon.

Yo me quedé completamente sólo junto al cadáver de mi señor.

Estaba muerto con un tiro que le atravesaba la cabeza de una sien á otra.

Excelentísimo señor, yo me desesperaba; yo creia aquello imposible, se me figuraba que una pesadilla se habia apoderado de mí.

Pero aquello, por desgracia, era demasiado cierto.

El conde habia dejado de existir.

Yo no podia abandonarle, y los bribones que nos habian acompañado habian huido.

—¿Y no conoceis á ninguno de esos hombres?

—No, no señor; yo los recluté á granel de la peor gente que encontré en algunas tabernas, al redor de la casa de mi amo: lo que se necesitaba era gente dura, y yo conozco á un hombre con solo echarle los ojos encima. Esta gente dura, cuando se la paga bien, sirve bien. Me entendí brevemente con ellos, porque para entenderse con una gran brevedad nada como el oro en mano; yo me los llevé conmigo y sin conocer á ninguno de ellos. Para lo que se necesitaban eran bastantes. Pero ha acontecido lo que era natural aconteciese: al ver muerto á mi señor, todos temieron las averiguaciones de la justicia y huyeron.

Yo me quedé solo; yo no sabia separarme del cadáver de mi amo.

De improviso, y cuando estaba transido de dolor, cuando no veia, ni oia, ni podia darme razon de mi mismo, sentí pasos de algunos hombres que se acercaban á mí.

Esto me despertó de mi parosismo.

El dolor, la cólera, la venganza, se apoderaron de mí y me centuplicué.

Acometí como una fiera á aquellos hombres, y aquellos hombres se burlaron de mí.

Eran muchos y fuertes.

Me hirieron de arma blanca en varias partes, y al

fin se apoderaron de mí, me sujetaron y me arrastraron consigo.

Me llevaron á una cabaña solitaria, arrimada al costado de un barranco.

Allí me arrojaron sobre un lecho, y uno de ellos se quedó guardándome.

Se pretendia sin duda que yo no pudiese dar parte de lo que habia acontecido.

Yo estaba verdaderamente enfermo, excelentísimo señor.

Antes de conducirme se me habia hecho presenciar un espectáculo espantoso.

Cuatro de aquellos hombres habian arrastrado el cadáver de mi señor entre las malezas, á la derecha del sendero, y allí habian abierto una profunda sepultura, en la que pusieron á mi señor.

Uno de aquellos hombres tuvo la crueldad de decirme.

—Vaya, tú que has servido tan lealmente á tu amo y que parece que tanto le quieres, échale encima la primera tierra.

Y yo, señor, antes de echar la primera tierra á mi amo puse sobre su cuerpo mi capa para que no le diese inmediatamente sobre el semblante; tomé la azada y arrojé, ébrio de dolor, calenturiento, la primera tierra sobre el cadáver.

Despues de esto, excelentísimo señor, me desmayé.

A la sangre que salia en abundancia por mis heridas, y que era bastante para causarme el vértigo,

se unia el dolor inesperado que yo sentia por la muerte desastrosa de mi señor, la desesperacion inconsolable que ella me acusaba.

Cuando volvi en mí me encontré en un mal lecho en una cabaña.

No puedo explicarme por qué aquellos bandidos no me inmolaron tambien.

Por esto he dicho que me habia salvado por un milagro.

Aquellos hombres permanecieron guardándome veinticuatro horas.

Cuando desperté de un sueño penoso en que habia caido á causa de mi cansancio, me encontré solo.

Yo supuse que los bandidos estarian fuera de la cabaña.

Pero nada oia.

El silencio era profundo.

Pasó mucho tiempo y nadie se presentó.

La cabaña, que era de ramas de árboles, bálago y tierra, estaba completamente desnuda, sin un solo utensilio, ni más que una cabecera y una manta que habian traído para mí, yo no sé de dónde.

Mis heridas, que estaban groseramente vendadas, fueron vendadas en fin.

Se comprendia que los que habian cometido el asesinato de mi señor no eran feroces por instinto, y que sólo por avaricia, por el alto precio que sin duda se les habia dado, habian cometido aquel crimen.

En fin, repito que yo me considero vivo por milagro.

Cuando se me ocurrió la idea de que tal vez los bandidos habían desaparecido, procuré levantarme.

— Pero me fué imposible.

— Mi fiebre era intensa.

Apenas me había incorporado, cuando volvió á acometerme el vértigo y caí de nuevo sobre la cabecera.

— Así pasaron cuarenta y ocho horas más.

Al fin la calentura desapareció, y aunque débil, pude tenerme en pié, pude avanzar lentamente.

Me vestí mis ropas, que habían dejado allí los bandidos.

Me habían robado y se habían llevado mis armas.

Hacia mucho frío, y mi capa, que hubiera podido defenderme de él, había quedado sepultada con mi señor.

Me había olvidado de decir á vuecencia que aquellos bandidos, antes de enterrar á mi amo, le habían robado su dinero y sus alhajas.

Con todas las penas del mundo, cayendo y levantándome, arrastrándome á veces sobre mis manos, pude llegar al fin al camino que atraviesa el monte de Boadilla.

Allí esperé echado sobre la yerba al pié de un árbol.

Al fin pasó un arriero que venia hácia Madrid.

Le manifesté el estado en que me encontraba y quién era yo, y el buen arriero me echó su capa para que me abrigase y me colocó sobre uno de sus machos hasta la casa de mi señor.

Aun no hace una hora que he llegado.

Vuecencia sabe ya todo lo que yo puedo decirle.

—Será necesario esperar á que os repongais, — dijo el conde de Aranda, — porque supongo que sin vos sería muy difícil dar con el lugar en que está sepultado vuestro amo.

—¡Oh! yo me siento con valor y con fuerzas bastantes para ir en el momento, excelentísimo señor, — dijo el buen Baltasar.

—Si con vuestro sacrificio se pudiera volver á la vida á vuestro amo, yo no vacilaría en aceptarle; pero apenas os podeis mantener sentado, — (el conde de Aranda habia hecho sentar muy desde los principios á Baltasar); — necesitais cuidados urgentes, y vais á recibirlos sin salir de mi casa.

—¡Oh! muchas gracias, excelentísimo señor, — dijo Baltasar; — vuecencia es muy bueno.

—¿Sois casado, amigo mio? — dijo siempre sencillo, siempre dulce, siempre insinuante el conde de Aranda.

—Si, si señor; soy casado y padre de un hijo que adoro; yo no me he detenido para ir á ver á mi mujer, que debe estar aterrada; me importaba mucho más los asuntos de mi señora, porque los de mi señor ya han terminado por desgracia.

—¡Dónde se podrá avisar á vuestra mujer? — dijo el conde de Aranda.

—En la antigua casa de mi amo, en Puerta Cerrada.

—Se la va á avisar en el momento: entre tanto,

voy á dar órdenes para que se os ponga en un lecho, se llamen médicos y cuiden de vos.

—¡Oh! mil y mil gracias, excelentísimo señor,—dijo Baltasar.—Pero ¡Dios mio, Dios mio! ¿quién habia de creer que al desbocársele á mi amo el caballo la noche en que iba á batirse hace dos años con el marqués de Arosas empezaba una historia que habia de acabar con tales aventuras?

Don Baltasar fué puesto en un lecho de la habitacion de la casa de Aranda, y se llamó á Rita.

Cumplidos estos caritativos deberes, el conde de Aranda se fué á palacio y dió parte al rey de lo que acontecia.

—Quien mal anda, mal acaba,—dijo flemáticamente Cárlos III:—el pobre Salmedina no observaba muy buena conducta.

Esta fué la oracion fúnebre del rey por uno de sus más leales vasallos y que mejor le habian servido.

Pero no fué esto solo.

Como viese algunos minutos despues á Maria Luisa, la dijo:

—Estás pálida, muy pálida, hija mia; no parece sino que te va algo en la muerte de Salmedina: yo la deploro; pero, hija mia, quien mal anda mal acaba: cada criatura en esta vida hace su fortuna.

Cárlos III habia entrevisto algo, y tal vez en el fondo de su alma se alegraba de la muerte del conde.

Los favoritos de los principes hacen sombra á los reyes.

Recelan de ellos, por lo mismo que recelan del que ha de sucederles en el trono.

— A más de esto, Carlos III no había perdonado en su real ánimo al conde de la Salmédina el que en el día del alboroto de Madrid no hubiese cargado y pasado á cuchillo á la multitud que le insultaba.

La primera noticia de aviso de la muerte del conde, la recibió María Luisa de la boca de Carlos III.

— Había sido esto por ignorancia ó por venganza?

Dios lo sabe.

— Quien mal anda, mal acaba.

— El pobre Salmédina no operaba

una buena conducta.

— Esta fué la oración fúnebre del rey por uno de sus más fieles vasallos y que mejor le habían servido.

Pero no fué esto solo.

Como vistes algunos minutos después de María

— Echa pida muy pida, hija mía; no gares

— Echa pida en la muerte de Salmédina; no

— Echa pida, hija mía; quien mal anda mal acaba.

— Echa pida en esta vida hace su fortuna.

— Echa pida en esta vida hace su fortuna.



## Capítulo LXX.

En que se ve cómo el conde de Aranda manejaba á la justicia,  
y se trata del entierro del conde de la Salmedina.

La tragedia del conde de la Salmedina con las extrañas circunstancias que la habian acompañado, retumbó en la corte, causando en ella un tremendo escándalo.

Malévolo hubo que, recordando la tragedia de Villamediana en los tiempos de Felipe IV por los amores de la reina, verdaderos ó impuestos, vió en Carlos III la causa de la muerte del conde de la Salmedina.

Otros, más implacables aún, atribuyeron esta desgracia, ya á celos de la princesa, ya á su cansancio de los amores del conde y al deseo de libertarse definitivamente de él para entregarse sin cuidado á otros nuevos amores.

Importaba poco el verdadero relato de la catástrofe.

En la muerte de Godofredo de Armagnac y la prisión y la acusación de Cosme Calcorra, la suspicaz maledicencia sólo veía dos instrumentos de las iras reales ó del enojo de una princesa ligera, caprichosa y resuelta á todo, hasta lo horrible, por satisfacer sus caprichos en aquellos dos miserables.

¡Y cuánto se engañaba la emponzoñada maledicencia!

Cárlos III era ahorcador como todos los déspotas; pero si mataba por medio de los tribunales, no cabía en su cabeza valerse del asesinato vulgar para satisfacer una venganza.

No podía darse una calumnia más grosera que la que atribuía al rey aquel crimen.

Pero ¿cuándo no ha sido grosera la calumnia?

En cuanto á María Luisa, la calumnia llegaba á ser impía.

La muerte del conde había sido para ella una desesperación, de la que debía tardar largo tiempo en consolarse.

Pero María Luisa veía claro.

Estaba muy en los antecedentes, y no culpaba á nadie más que á las imprudencias del mismo conde de su desventura.

Había necesitado del conocimiento de los compromisos de su situación para no dar rienda suelta á su desesperado dolor por la pérdida del conde.

El de Aranda, en cambio, se alegraba en el fondo de su alma.

Con la desaparición del conde le quedaba completamente desembarazado el camino.

Habia cesado una peligrosa influencia para con la princesa.

El padre maestro don fray Lorenzo de Velasco y el conde de la Salmedina, últimas esperanzas por el momento de los extrañados jesuitas y de los desorganizados Invisibles, habían perecido.

Aranda podía dormir tranquilo.

Nada había que se opusiese á su poder.

Y en su carácter mañero se proponía apoderarse de tal modo de la voluntad del príncipe y de la princesa de Asturias, que cuando por muerte de Carlos III le sucediese Carlos IV, continuase su privanza.

El conde de Aranda no desatendía nada, por pequeño que fuese, que conviniese á sus propósitos.

Así pues, conocía perfectamente la ciega pasión que destrozaba el alma de María Luisa por el conde de la Salmedina, aun después de muerto éste.

Aranda comprendía cuán sedienta debía estar María Luisa de venganza y cuánto ella le agradecería que aquella venganza fuese pronta y terrible.

Así es que el conde de Aranda, mientras Baltasar recobraba las fuerzas suficientes para poder llevar la justicia hasta la tumba del conde de la Salmedina, llamó al alcalde de casa y corte don Pedro de Mendoza y le instó para que sin levantar mano,

ni descansar más que lo estrictamente necesario, sustanciase aquel proceso.

—Se necesita ante todo,—contestó el juez,—descubrir el cuerpo del delito, que aparece más grave en la acusacion que encabeza el proceso.

—No os olvideis tampoco,—dijo Aranda,—del proceso referente al asesinato del fraile dominico.

—El sumario acerca de este crimen,—dijo el alcalde de casa y córte,—está ya terminado y ha producido sus consecuencias naturales en parte, y como ya ha sido elevado á plenario, puedo manifestar á usía cuál es la acusacion fiscal.

—Veamos, veamos, señor mio,—dijo el conde de Aranda.

—Y bien; sobreseimiento y absolucion libre de la instancia respecto á doña Ana del Rey, esposa de don Cosme Calcorra, por no resultar contra esta señora méritos algunos.

—Me alegro,—dijo el conde de Aranda,—porque he oido ponderar la hermosura de esa jóven.

—Yo no la he mirado más que con ojos de juez, excelentísimo señor,—se apresuró á decir el alcalde de casa y córte, cuyas mejillas, por la insinuacion del conde de Aranda, se habian puesto vivamente encendidas.

—Ni yo he podido suponer otra cosa,—continuó el conde de Aranda;—un juez recto é incorruptible como vos, no puede buscar en el acusado más que la culpa ó la inocencia.

—Indudablemente, excelentísimo señor,—dijo con

mucha más viveza el alcalde de casa y corte.

—Continuad, continuad, señor mio, —dijo el conde de Aranda.

—Sentencia de muerte y reparación de daños y perjuicios contra el excelentísimo señor don Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio.

—Esa sentencia en la parte corporal es inútil: la ha ejecutado ya la policía; pero determina infamia.

—Adelante, adelante, señor alcalde. Continuemos.

—Sentencia de muerte en la horca, con mutilación de la mano derecha á causa de sacrilegio, y desuartizamiento con exposicion de la cabeza en un camino público en la direccion del lugar donde se ha cometido el crimen, y confiscacion de bienes é infamia perpétua contra sus descendientes, contra don Cosme Calcorra, oficial mayor de la contaduria del gremio de la seda.

—Pues haced vos porque la audiencia active cuanto antes ese proceso y el otro, á fin de que demos un espectáculo al pueblo de Madrid; pero que se suprima lo de la infamia, que harta queda con el fanatismo vulgar, á los parientes de los ajusticiados. Sobre todo debemos interesarnos algo por esa pobre y hermosa doña Ana del Rey, que en último resultado no ha sido más que una víctima dolorosa de ese mal hombre; que se quite tambien lo de la confiscacion de bienes, y siempre en beneficio de doña Ana. Es posible que ese miserable haya hecho testamento en

su favor, ó que acusado por su conciencia lo haga antes de morir.

—Yo habia pensado en eso, excelentísimo señor,—dijo el alcalde de casa y corte;—pero como el delito es enorme, yo no me habia atrevido á atenuar en lo más mínimo la seguridad de las leyes.

—Atenuémoslas, don Pedro, en favor de una desgraciada. Haced entender esta observacion mia á la audiencia.

—Muy bien, excelentísimo señor; la audiencia, tanto como yo, tendrá en mucho esta equitativa consideracion de su jefe.

Por lo que se ve, el conde de Aranda no se habia olvidado de que Ana del Rey le habia servido para algo en sus negocios, y que tal vez contaba con que en adelante le sirviese mucho más.

El conde de Aranda suponía que el rey no habia olvidado el camino de la casa de Calcorra ni habia perdido el cariño á aquel bello salon que en ella se encontraba.

Ana del Rey era muy jóven aún é infinitamente más hermosa que la ya imposible para el rey marquesa de Esquilache.

Siempre la política se ha perdido por sinuosidades cenagósas, y siempre los cortesanos y los ambiciosos, aun los que aparecen más honrados en la historia, han explotado cuanto les ha sido posible las corrupciones de los reyes.

Don Baltasar se mejoró rápidamente. Sus heridas por fortuna eran ligeras, y á los

tres dias de haber sido cuidado en casa del conde de Aranda pudo ir sin peligro en un coche con el conde de Aranda hasta el monte de Boadilla, á la entrada del sendero junto al cual estaba la sepultura del conde de la Salmedina.

En otro coche iban el alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza y su secretario.

Seguian á estos dos carruajes una ronda de doce alguaciles á caballo, una seccion de dragones y media compañía del regimiento del Rey.

En jamelgos iban tambien algunos sepulteros de los cementerios de Madrid para exhumar el cadáver. Acompañaban esta comitiva un médico y un cirujano para hacer el reconocimiento.

Seguian una carroza de la casa del conde, cubierta con paños negros y con los criados enlutados, dentro de la cual iba un magnífico ataúd de terciopelo galoneado de oro.

Los escuderos, los ayudas de cámara, los maestresalas, los ujieres, los lacayos, los palafreneros y los cazadores, que componian la numerosa servidumbre del conde de la Salmedina, seguian enlutados y á caballo.

Venian, por último, el capellan del conde con la clerecía de la parroquia de San Andrés y hasta una veintena de frailes franciscos en algunos otros coches.

Acompañaba la correspondiente cera.

El entierro estaba organizado, y su aparato debia empezar en la sepultura abierta al conde por el cri-

men, y terminar en la iglesia de San Justo y Pastor, donde tenían su enterramiento los condes de la Salmedina.

Cuando hubieron llegado á la entrada del sendero por el que se iba á la sepultura, dos criados del conde acercaron á la carroza en que iban el conde de Aranda y don Baltasar, un sillón en que éste último, á causa de su debilidad, debia ser conducido.

Puesto en el sillón don Baltasar, se emprendió la marcha por el sendero bajo su indicación.

Continuaba la comitiva en el orden siguiente:

Los veinte frailes de San Francisco el Grande con su guardian, en dos hileras con blandones de cera amarilla encendidos, y llevando á su cabeza el guion levantado.

Seguian despues, con el guion de la parroquia de San Justo y San Miguel, la multitud de clérigos que habian sido llamados, presididos por la clerecía de aquella parroquia.

Seguia el conde de Aranda como jefe del duelo, con dos ayudantes y con algunos de sus criados, el alcalde de casa y corte con su secretario y con su ronda de alguaciles, á pié la servidumbre del conde de la Salmedina, que era numerosa.

Por último, el médico, el cirujano, los sepultureros, los conductores del cadáver, que ya llevaban el ataúd sobre los hombros, y todos los alguaciles.

Todos los criados del conde de Aranda y los de Salmedina, llevaban blandones encendidos, como el resto del acompañamiento.



Los frailes y los clérigos, cada cual con su capilla, entonaban el oficio de difuntos.

Y no era esta la sola gente que allí iba.

Iban muchos vecinos de Madrid y gran número de personas y justicias de los pueblos circunvecinos.

Por la concurrencia, aquello parecía una romería.

Continuó lentamente la marcha por el sendero, como que los criados que conducian á don Baltasar no podian ir muy de prisa á causa de su carga.

Don Baltasar era un buen mozo que pesaba bien siete arrobas.

Don Baltasar mandó al fin á los criados que se detuviesen y torciesen y adelantasen sobre la derecha, buscando un lugar en que estuviese rota la yerba y removida la tierra, cuyo lugar se encontraría como á cincuenta pasos de distancia.

Se encontró al fin la sepultura en un lado de un claro del monte.

El acompañamiento la rodeó.

El conde de Aranda, el clero de la parroquia y los padres graves de San Francisco que allí iban, el alcalde de casa y corte y algunos alguaciles, el jefe de la servidumbre del conde de la Salmédina, el médico y el cirujano, se colocaron inmediatamente cerca de la sepultura.

Los dos guiones de la parroquia y de San Francisco se levantaban sobre aquel grupo.

En cada uno de los ángulos de la sepultura se colocaron los cuatro escuderos del conde con sus insignias.

El cura de la parroquia bendijo la sepultura y la regó de agua bendita.

Entonces los sepultureros y los conductores del ataúd se acercaron.

Los primeros empezaron cuidadosamente el trabajo de exhumación.

Entre tanto, los clérigos y los frailes entonaban un responso.

Aquello era grave, solemne, lúgubre, aterrador.

El claro del monte estaba completamente lleno de una multitud silenciosa é impresionada.

Al fin quedó al descubierto la capa que don Baltasar había extendido sobre su amo.

Al ver esta capa el leal criado, que en su sillón estaba junto á la fosa, se echó á llorar.

Levantada la capa, apareció el cadáver del conde tan fresco, es decir, tan sin señales de descomposición, sin duda á causa de las condiciones del terreno como si se le hubiera acabado de sepultar.

Aquello, según la opinion del guardian de los franciscanos, era una señal evidente de que el conde, por la infinita misericordia de Dios se había salvado, puesto que, á pesar de haber trascurrido ocho dias largos desde que el cadáver había sido sepultado, aun no se advertia en él señal alguna de corrupción ni despedia el más ligero olor fétido.

Si alguien pensó al contrario de lo que decia el guardian, nadie se atrevió á replicarle; más bien todos se adhirieron á su opinion.

Un poco más y el guardian hubiera dicho que

por las señales que Dios dejaba por el conde, había muerto en estado de santidad y debía esperarse que Roma le beatificase y le canonizase despues.

¿Qué hay que hacer respecto á aquel cuyo cadáver, entre todas las leyes de la naturaleza, se mantiene incorrupto, dando muestras de que Dios ha hecho de aquel cadáver una santa reliquia?

El conde de Aranda de una parte, y de otra el alcalde de casa y córte, cada cual en uso de su jurisdicción, extendieron acta de la exhumacion del cadáver.

A seguida, puesto el cadáver en la yerba sobre la capa de don Baltasar, el cirujano y el médico procedieron á la autopsia, y certificaron que el conde había muerto á consecuencia de una herida de bala que había interesado de una manera determinante la masa encefálica, y cuya herida, por necesidad mortal, había debido producir la muerte instantánea.

A seguida el conde fué amortajado con un hábito de San Francisco que dentro del ataud venia, por haberse encontrado en su testamento, que había otorgado poco despues de su enlace con Margarita, una cláusula por la que determinaba que su cadáver fuese amortajado en señal de humildad con el hábito ceniciento de los franciscanos de la Observancia.

Se entonó otro responso mientras el conde fué amortajado y puesto en el ataud.

Se cerró este con tres llaves de oro, que contenidas en un lazo, de oro tambien, se entregaron al con-

de de Aranda, que por comision especial del rey presidia el duelo.

Inmediatamente se emprendió la marcha.

Al llegar al camino, el ataúd fué puesto en la carroza enlutada que ya hemos citado.

Cuando el entierro llegó cerca de la puerta de Fuencarral, se le unió una diputacion de la nobleza, y cuatro grandes de España, uno de los cuales era el rico marqués de Dos Puentes, tomaron las cintas del féretro.

El acompañamiento se aumentó de una manera extraordinaria en secciones de todas las comunidades religiosas de Madrid, con los niños de la doctrina cristiana, con los acogidos de los establecimientos de beneficencia.

En representacion del rey, se unió al duelo el mayordomo mayor.

Al aparecer el cadáver cerca de la puerta de Fuencarral, el segundo regimiento de la guardia walona, que hasta su muerte habia mandado el capitán general conde de la Salmedina, dos regimientos del Rey, primero de infantería el uno y primero de dragones el otro, y una seccion de artillería, hicieron las tres descargas de ordenanza, mientras toda la iglesia entonaba un responso.

El rey habia querido que por gracia especial y como un recuerdo de sus buenos y leales servicios, y á pesar de estar el rey en la córte, se hiciesen al conde de la Salmedina los honores correspondientes á general con mando en jefe, que muere en campaña.

Así es que desde el momento que se salió para ir á buscar el cadáver, la batería situada junto al quemadero de la Inquisicion disparó veintiun cañonazos, y continuó disparando uno á cada media hora.

Una seccion de dragones se puso á la cabeza del entierro, y cuando este hubo pasado siguieron al duelo, representado por el conde de Aranda, por la catedral de San Justo y San Miguel, por el mayordomo mayor de palacio y por la invitacion de la nobleza.

Siguieron en columna de honor, con las armas á la funerala, y con las cajas, las trompetas, los pifanos y los clarines destemplados, el segundo de wálonas, el primero infantería del Rey y el primero de dragones del Rey, con las banderas y los estandartes con crespon.

La seccion de artillería permaneció fuera de la puerta, de Fuencarral haciendo la salva.

Detrás de la columna de honor seguía un número inmenso de carruajes empenachados y enlutados los caballos, enlutados los criados, yendo á la cabeza una carroza de respeto de la casa real y siguiendo las del conde de Aranda y los demás individuos del cuerpo colegiado de la nobleza.

El entierro no podia ser más ostentoso ni más imprudente.

Sobre él venía el rumor de la murmuracion de la inmensa multitud que llenaba las calles y los balcones del tránsito.

Por todas partes se oían decir en voz baja estas ó semejantes palabras:

—Forzosamente: el último consuelo que le queda á la princesa es que su enamorado sea enterrado como un rey. ¿Qué otra cosa ha de hacerse con una persona real?

El escándalo de las relaciones de María Luisa con el conde de la Salmedina habia cundido hacia ya mucho tiempo por Madrid y le conocia todo el mundo, solo que se hablaba en voz baja y entre gentes de confianza, y la opinion pública no se equivocaba.

El rey no hubiera pensado ciertamente en honrar de tal manera el entierro del conde de la Salmedina, si no se le hubiera sujerido la idea.

Y no partió ciertamente esta sujestion de la princesa de Astúrias, sino del príncipe, lo que venia á ser lo mismo.

El príncipe habia sido influido antes que el rey.

Cuando el conde de Aranda salia por los escalones de la bóveda de la iglesia de San Justo y San Miguel, donde habia sido depositado el cadáver, murmuró para sí á punto que retumbaba la tercera y última descarga de ordenanza:

—Asunto concluido, aunque yo hubiera querido bien, no hubiese concluido de una manera tan trágica.

## Capítulo LXXI.

En que se ve que las intrigas no habian terminado aún.

Pero aún quedaba algo que hacer, ó como suele vulgarmente decirse, aún quedaba el rabo por desenvolver. Aún vivia Cosme Calcorra, y ya saben nuestros lectores que Calcorra no era hombre que se desalentaba así fácilmente, ni dejaba de encontrar recursos.

El marqués de Létour habia sido muerto. Calcorra habia sido preso, pero habia quedado en libertad Gallifero, que habia sabido escapar á tiempo. Habia un negocio que unia Gallifero y á Calcorra, y éste era uno de los más fuertes que podian existir entre dos criaturas.

Godofredo de Armagnac habia muerto sin ir á desenterrar su tesoro; pero Gallifero tenia la segu-

ridad de que Calcorra sabia dónde aquel tesoro estaba enterrado.

Contra Gallifero se habia expedido una rigurosa orden de prision; pero el caso era que la policia no habia podido dar con él ni con ninguno de los que le habian ayudado en el mal asunto del conde de la Salmedina.

Por medio de la cárcel los tunantes se han entendido siempre con los escribanos y demás gentes de justicia, inclusa la policia.

Gallifero, pues, tenia medio de entenderse con Cosme Calcorra, y no cesaba de insistir en lo del tesoro á cada paso.

Cosme Calcorra comprendia demasiado la suerte que le esperaba, y cada vez que leia una de las cartas que Gallifero le escribia, decia para sí:

—Este pillo tiene razon; mi situacion es cada dia más desesperada; mi mujer influye por venganza con el alcalde de casa y córte, y á mí se me hace más culpable de lo que soy; porque bien mirado, el verdadero autor de la muerte del conde de la Salmedina no lo he sido yo, por más que haya contribuido á ello, sino el señor Godofredo de Armagnac; y en cuanto á la muerte del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, no está bien probada, ni medianamente probada siquiera, porque me he mantenido negativo y mi mujer no vió que yo fui quien le dió el golpe de muerte. Yo le he echado toda la culpa á Godofredo de Armagnac.

Ana del Rey tenia fuerza de voluntad y sereni-



dad bastantes para engañar al alcalde de casa y córte.

Tenia el alma destrozada, ensangrentada, desolada, vacía por la muerte del conde de la Salmedina, y sin embargo, siempre que iba á visitarla el alcalde de casa y córte, que era con suma frecuencia, le sonreía, aparecía como que se alegraba de verle.

En una palabra, don Pedro de Mendoza se creía amado de una manera estupenda por Ana del Rey, y esto mismo le espoleaba y le hacia apretar las clavijas á Cosme Calcorra, que se mantenía negativo, dificultando por medio de argucia y por los esfuerzos de su abogado el que pudiese terminarse el proceso y venir á una sentencia.

Cosme Calcorra sabia demasiado que la avaricia por encontrar el tesoro haría que Gallifero extremase todos sus medios de acción, y que un día, por medio de la fuerza ó de la astucia, le libertase de la cárcel.

Pero ser libertado por Gallifero no era estar en libertad, porque Gallifero indudablemente no le dejaría sino cuando le hubiese llevado á buscar el tesoro de Godofredo de Armagnac.

Cosme Calcorra esperaba á que recayese en el proceso sentencia del inferior para valerse del medio que aun tenía éste de la propalacion y aun de las pruebas de los amores de la princesa de Astúrias con el conde de la Salmedina.

Cosme Calcorra se habia entretenido en falsificar una larga correspondencia entre el conde de la Salmedina y la princesa de Astúrias; y como Calcorra

habia cogido más de un secreto á aquellos amores, esta correspondencia debia ser tenida por verdadera y alcanzar fuerza bastante para que la princesa de Astúrias interpusiese toda su influencia y le salvase de la trájica muerte que le esperaba, y aún de una condena á presidio; y más aún, que le diese algo para vivir, porque Cosme Calcorra no estaba muy seguro de que Godofredo de Armagnac no le hubiese engañado y que no existiese el tesoro que le habia dicho, y que no fuese cierto el lugar donde le habia dicho De Armagnac tenia enterrado su tesoro.

Cosme Calcorra, pues, se mantenía firme, hasta que, viendo don Pedro de Mendoza que nada podia recabarse de él, que lo que podia averiguarse del proceso se habia averiguado; que era indudable que Cosme Calcorra habia sido el autor directo ó por lo ménos el cómplice inmediato del asesinato del padre maestro don fray Lorenzo de Velaseo; que en cuanto al asesinato del conde de la Salmedina, si él no lo habia preparado y premeditado, habia tenido una gran parte en la preparacion y premeditacion; y que, por otra parte, no tenia duda de que él era cómplice en igual grado de culpabilidad del secuestro de la excelentísima señora princesa de Otranto y de la marquesa de Vallezarzal, encontró que por todos estos motivos podia sentenciar á la pena de ser arrastrado, mutilada la mano derecha, ahorcado, descuartizado y puesta su cabeza por los caminos reales, al acusado Calcorra.

Así pues, con la mano firme é impaciente el al-

calde de casa y córte don Pedro de Mendoza, dictó la terrible sentencia, la firmó y se fué por sí mismo á la cárcel y la leyó á Cosme Calcorra.

—Pues apelo,—dijo tranquilamente éste;—ya sabia yo lo que vos habiais de hacer: á vos os tiene sorbidos los sesos y os hace faltar á la justicia la passion criminal que sentís por mi mujer, porque al fin mi mujer es todavía mi mujer, y el que siente amor por una mujer casada en vida de su marido, comete, aunque no sea más que con la intencion, el crimen de adulterio, y este es un ministro sospechoso que no cumple con la justicia; y todo esto lo aduciré yo en mi escrito de apelacion, y la sala sabrá que uno de sus señores de casa y córte ha descendido hasta el crimen de confabularse con una infame mujer que aborrece á su marido, para deshacerse de éste usando de las leyes y vivir tranquilamente, y confundir el horrible crimen de asesinato por el adulterio.

—Vos sois un desvergonzado,—dijo don Pedro de Mendoza,—y ya me estais acabando la paciencia, y vive Dios que si no mando que os den una paliza á muerte y despues os encierren en un calabozo, y os tengan allí á pan y agua y comido por las ratas en castigo de tan insolente y criminal desacato á un alto ministro de justicia, es porque vos no creais que lo hago influido por ese amor calumnioso que vos me atribuis, creyéndome capaz de ser tan infame como vos. En fin, señor Calcorra, he de tener la satisfaccion de veros arrastrar y ver que se inutiliza vuestra mano, y se corta la hemorragia con una

plancha ardiendo, y que luego os arrebatara el verdugo por la escalera y os echa el lazo al cuello y se arroja sobre vos, y os acaba y os extermina.

Don Pedro de Mendoza se entregaba á uno de sus arrebatos de ira, y Calcorra le contemplaba sonriendo con una sonrisa de lobo, suponiendo en los lobos la sonrisa, lo cual irritaba más y más al alcalde de casa y córte.

Se interpuso la apelacion, y el abogado, que era diestro, que habia previsto este suceso y que se habia provisto de una prueba bastante para comprometer al alcalde de casa y córte, expresó en el escrito de apelacion:

Primero: Que el alcalde de casa y córte no habia juzgado con entera libertad y segun su conciencia, sino influido y arrastrado por sus amores criminales con doña Ana del Rey, esposa del sentenciado.

Segundo: Que no se habia puesto en libertad á la doña Ana del Rey, como parecia de derecho, puesto que contra ella no resultaba nada en el sumario ni en el plenario instruido contra Cosme Calcorra, porque la doña Ana del Rey temia que su marido se evadiese y quedar sujeta á su venganza.

En una palabra; el escrito del abogado era tan tremendo, que la sala, al aceptar, como no podia menos de hacerlo, la apelacion, tomó acta de las acusaciones que se hacian al alcalde de casa y córte, le encausó, y don Pedro de Mendoza se vió preso.

Y como del plenario ni del sumario no resultase

nada contra Ana del Rey, que ya el alcalde habia hecho de modo que nada pudiese resultar contra ella, Ana del Rey, con gran terror suyo, se vió un dia puesta en libertad.

Pero aconteció que no tenia de quién valerse.

No conocia á nadie.

El alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza habia sido reducido á prision en su casa y guardado en ella de vista mientras se averiguaba la responsabilidad que le cabia en la manera de haber instruido el proceso; y en vista de las pruebas que el abogado de Calcorra habia presentado de la intimidad sospechosa del alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza con la mujer del acusado, no le quedaba á Ana del Rey más medio que el conde de Aranda, y éste se vió metido en otro embrollo.

Un dia le dijeron que una señora muy hermosa y vestida de luto pretendia una audiencia suya.

Ya sabemos que el conde de Aranda era un hombre de una educacion exquisita y que procuraba hacerse todo lo popular posible.

Por otra parte, el conde de Aranda tenia su alma en su cuerpo y no dejaban de causarle una profunda sensacion las mujeres hermosas.

Y con tales encomios le habló de la hermosura de la señora que pretendia una audiencia suya su secretario, que el conde de Aranda cayó en la tentacion y recibió á Ana del Rey.

La reconoció en seguida.

—Y bien, señora, ¿por qué no os habeis nom-

brado?—la dijo, ofreciéndole una silla y manteniéndose siempre dentro de su refinada cortesía, y pudiéramos decir aún, de su galantería.—Yo os hubiera recibido de igual manera.

—Tal vez, señor conde,—contestó bruscamente Ana del Rey,—si yo hubiera pronunciado mi nombre no me hubiérais recibido.

—¿Y por qué, señoramia, por qué?—dijo sonriendo siempre el conde de Aranda.

—Por una cuestion muy sencilla, señor conde. Yo puedo probaros que os habeis metido en una intriga indigna, de la cual hemos sido víctimas los jesuitas, el conde de la Salmedina, la princesa de Asturias, la princesa de Otranto y yo.

—Por Dios, por Dios, señora,—exclamó el conde de Aranda.—No extraño la situacion en que os encontrais; pero me atrevo á deciros que no estais en el completo uso de vuestra razon.

—Lo que yo estoy, señor conde de Aranda,—repuso con energia Ana del Rey,—es desesperada, y á más de desesperada aterrada. ¿Conoceis vos bien á Calcorra?

—Sé que Calcorra es terrible,—contestó el conde de Aranda;—pero está bien guardado y bien sujeto, y dentro de poco acabará de una manera miserable y definitiva.

—No os fieis gran cosa, señor conde,—dijo Ana del Rey.—Vos no conoceis á Calcorra: el dia ménos pensado os vienen con la noticia de que se ha evadido de la prision, y ¡ay de vos, y ay de mí singu-

¡Armentel! Yo os suplico hagais cuanto esté de vuestra parte para evitar la evasión de mi marido, que se le cargue de cadenas, que se sujeten estas cadenas á un muro; que tenga además guardias de vista de una gran confianza: de otro modo, señor conde, nos exponemos á una nueva catástrofe. Pero yo encontraría otra cosa mucho más segura aún (y la mirada de Ana del Rey al decir estas palabras, era de todo punto sombría.)

El conde de Aranda adivinó lo que Ana del Rey quería decirle.

—Yo no puedo hacer eso,—contestó;—yo no puedo mandar se dé un veneno á un hombre que está sometido á la acción de las leyes; yo no puedo cometer un crimen semejante; no hay nadie en el mundo que me haga cometerlo, por temible que pudiese ser para mí ese hombre.

—No sabéis bien, señor conde, hasta qué punto puede ser temible para vos Cosme Calcorra; él está en el secreto de todo; él conoce vuestras intrigas; él ha sido el medio de que os habeis valido para herir de muerte á la Compañía de Jesús; él puede, ahora que su causa está elevada á la sala, ahora que no os es tan fácil, por la superioridad del tribunal, manejarlo como manejábais á don Pedro de Mendoza; él puede descubrir tales cosas, probaros tales conspiraciones contra los jesuitas, descubrir de tal manera la infamia que se ha ocultado tras los muros de palacio, que el rey, advertido, pueda tomar una disposición terrible para vos.

El conde de Aranda comprendió hasta qué punto tenia razon Ana del Rey.

A más de esto, al pronunciar aquellas palabras no amenazaba solamente en nombre de Calcorra, amenazaba tambien en nombre suyo; porque Ana del Rey sabia lo bastante para producir una situacion gravísima, dado caso que tuviese que ir á arrojarle á los piés del rey y hacerle desesperada una relacion terrible.

No habia que dudar de la grande audacia de Ana del Rey, que estaba loca.

—¡Tranquilizaos, tranquilizaos, señora!—le dijo el conde de Aranda;—¿qué podeis vos esperar en este mundo? ¿qué podeis temer? Desgraciadamente, el hombre á quien tanto habeis amado, el hombre que os ha enloquecido, el hombre que os ha traído á la situacion en que os encontráis, no existe.

—¡No existe!—exclamó Ana del Rey, lanzando una terrible mirada, impregnada de ódio y de venganza, en el conde de Aranda,—porque vos no habeis querido impedir su muerte; no existe, porque vos veiais en él un elemento terrible contra vuestro poder, por el poder que concedia al conde de la Salmedina la pasion insensata que por él sentia la princesa de Astúrias; no existe, porque vos sois un hombre frio y egoista, que marchais derecho hácia vuestro objeto, atropellándolo todo, aunque tengais que atropellar cadáveres y desgracias; no existe, porque vos, sin comprometeros directamente, habeis manejado una sorda y miserable intriga que ha dado por



resultado un sinnúmero de desgraciados; vos habeis contraído muy ligeramente vuestras victorias; vos habeis dicho: «La muerte del conde de la Salmedina me libra de un rival, de un enemigo, que era el alma, el pensamiento, el impulso de la princesa de Astúrias; la princesa de Astúrias lo olvidará, y yo podré hacer se apodere de su espíritu un hombre que sea completamente una hechura mia.» Vos, despues de vuestra traicion ejecutada contra los jesuitas, habeis ejercitado contra Salmedina, contra la princesa, contra mí, otra traicion infame; pero aun estoy yo delante de vos: yo soy tan temible, y acaso más temible que Calcorra; yo he llegado á vos franca y lealmente á ampararme de vos, y vos, á pretexto de vuestra conciencia, de una conciencia manchada de sangre y lodo, os negais á libertarme de la saña de ese demonio, como el conde de la Salmedina, verdaderamente por conciencia, porque á pesar de todo, era un caballero, se negó á tomar siempre una determinacion decisiva. ¡Ojalá la hubiera tomado; ojalá me hubiera oido! no se hubiera hecho otra cosa que ejercitar un acto de justicia contra ese infame, contra ese malvado Calcorra, y la muerte del conde no hubiera acontecido, ni vos hubiérais llegado á pensar que estábais libre completamente de todo peligro, y proscrita para siempre, para siempre sentenciada, vencida por vos, la Compañía de Jesús.

Ana del Rey aparecia terrible.

Sin embargo, Aranda no se descompuso.

—El dolor os extravía, señora,—la dijo;—vos veis lo que no existe: vos os encontrais en una situacion extraordinariamente difícil; temeis á vuestro marido de una manera exagerada; vuestro marido es hombre muerto, sin que haya necesidad para ello de recurrir al crimen; porque una muerte causada fuera del derecho, fuera de la accion de las leyes, es un crimen. A más de eso, señora, vuestra posicion es muy difícil; estais pobre, no teneis adónde volver los ojos, y yo adivino en vos otra solicitud que aún no habeis expresado, y cuya manifestacion os cuesta trabajo: vos necesitais ser amparada.

—Indudablemente, señor conde de Aranda; pero no será á vos á quien yo pida amparo; esto me ligaria á vos por algo que podria llamarse agradecimiento, y yo no quiero tener que agradecer nada; yo quiero quedar con mi conciencia libre, para obrar contra vos con todo mi poder; por consecuencia, no será de vos de quien yo reciba un solo maravedí, ni el más leve favor, ni el resultado de la más pequeña solicitud; no, en otra parte encontraré todo lo que necesite; pero meditadlo bien, señor conde de Aranda, es necesario que Cosme Calcorra muera, que muera cuanto antes; yo os lo digo, yo os lo advierto: Cosme Calcorra podrá ser muy bien no pueda recobrar su libertad; pero sin recobrarla, él será lo bastante para que os veais terriblemente comprometido.

—Sea lo que quiera,—dijo el conde de Aranda;—si oyéndoos llevase yo á cabo lo que me aconsejais,

justificaría todas las acusaciones que vos en vuestro estado de insensatez, causada por vuestra desesperación, me atribuíis; tengo el sentimiento de que una persona tal como vos, á quien yo estimo á pesar de todo, porque conozco perfectamente las causas que os han traído á la situación en que os encontrais, se muestra tan enemiga mía; no importa, señora: no haré nada por vos, puesto que no quereis que por vos haga yo nada; pero tampoco haré nada contra vos. Es todo cuanto tengo que decir, señora, y os repito que es dolorosísimo que una persona tal como vos, que favorecida por la fortuna hubiera sido un ángel, se vuelva contra mí irritada, con la cólera y con la intencion de un demonio. Mi conciencia, lo digo aún, está tranquila, y mi dignidad y mi honor no se doblegarán ante nada.

—Bien, muy bien, señor conde de Aranda,—dijo Ana del Rey;—y en verdad, en verdad, no sé por qué yo he de separarme disgustada de vos; vos sabéis ya, lo debéis saber, estais perfectamente advertido: vos no podeis ni debéis decirme que obrareis conforme á mis consejos; pero yo tengo casi la seguridad de que comprendereis perfectamente que la existencia de Cosme Calcorra es para vos un peligro gravísimo, y que vos procurareis libertaros de ese peligro. Bésoos la mano, señor conde; que Dios os guarde.

Y Ana del Rey salió altiva y terrible.

—¡Ah, ah!—exclamó el conde de Aranda.—¿Con qué nueva intriga tendremos que luchar? Y bien, de

la misma manera que Dios nos ha salvado de las otras, nos salvará de esta.

La verdad era que el conde, despues de la visita de Ana del Rey, se quedó terriblemente inquieto.

## Capítulo LXXII.

**De como volvió á servir el escondite del palacio del Pardo.**

Ana del Rey no tenia ni casa ni hogar, ni casi conocimientos.

Habia vivido aislada entre su marido y sus amores; gracias si de la cárcel habia salido con un traje decente; pero Ana del Rey habia adquirido ciertas relaciones por sus amores con el conde.

Entre estas relaciones se contaban Baltasar y Benito Cascajares.

De Baltasar era necesario prescindir.

Baltasar estaba dolorido por la muerte de su amo, y debia ver naturalmente en Ana una de las causas de aquella muerte.

Ana, pues, rechazó la idea de ir á ampararse de Baltasar.

—Sin embargo,—se habia dicho:—Baltasar sabe bien cuánto me amaba su desventurado amo; Baltasar es leal como un perro, y por la memoria de su amo haria por mí todo cuanto pudiese. Sin embargo, ¿para qué ir á Baltasar? no le necesito; ahí tenemos al señor Benito Cascajares, á quien puedo comprometer gravemente.

Y Ana del Rey, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se fué á Palacio, se metió por la escalera de Damas, llegó á la galería alta, preguntó al primero de Palacio cuál era la habitacion de don Benito Cascajares, y al ver el preguntado la hermosura y la distincion de la que le hacia la pregunta, la condujo hasta la puerta de la misma habitacion de Cascajares, adonde la dejó, alejándose despues de haberla saludado respetuosamente.

Ana del Rey llamó de una manera nerviosa á la puerta de la habitacion de Cascajares.

La puerta se abrió inmediatamente, y al abrirse, la persona que habia aparecido detrás de ella retrocedió como si hubiera visto la cabeza de Medusa.

La persona que habia abierto era la pequeña y crasa Eduvigis, que miró con ojos espantados á Ana del Rey.

La Eduvigis, á pesar de su crasitud, tenia un delicado instinto.

Comprendió que aquella mujer tan hermosa tenia mucho de terrible, y que no podia ser más que un peligro para su Benito.

Sin embargo, como estaba acostumbrada á la hi-

pocresia y á las cortesánias palaciegas, saludó cumplidamente á Ana del Rey y la dijo:

—¿Qué es lo que se os ocurre, señora? ¿En qué hay que servirós?

—¿Vive aquí don Benito Cascajares?

—En efecto, señora, aquí vive; pero mi marido no está en casa.

—¿Estará, pues, en palacio?

—No lo sé: yo creo que está desempeñando alguna comision fuera.

—En ese caso, señora, vos me permitireis que le espere.

Esto era ya demasiado directo, y doña Eduvigis no se atrevió á negarse.

Hizo pasar á Ana del Rey, y la llevó al saloncito que en su bella habitacion superior tenia Benito Cascajares.

—Yo no sé,—la dijo al ofrecerle un asiento, que Ana del Rey aceptó con un gran desembarazo que sin embargo no tocaba en desvergüenza,—lo que Benito podrá tardar; hay veces que se pasa el día entero fuera de casa, y otras, que sin que yo lo sepa se ha ido obedeciendo una orden de su majestad ó de su alteza, al Pardo, al Escorial ó Aranjuez.

Eduvigis se habia propuesto aburrir con una larga espera á Ana del Rey, y que esta, cansada de esperar, se marchase.

Debia advertir á su marido.

—Dispensadme, señora,—la dijo,—si os dejoun momento; luego seré completamente vuestra.

—Si, si, por mí no abandoneis vuestra casa,—dijo Ana del Rey, que comprendia perfectamente que Cascajares estaba alli y que su mujer iba á advertirle.

Eduvigis estremó sus cumplimientos y salió.

En efecto, Benito Cascajares estaba almorzando en el momento en que habia llamado á la puerta Ana del Rey.

Afortunadamente la criada que les servia estaba en la cocina, y la viveza de Eduvigis fué la que le hizo ir á abrir personalmente la puerta.

—Y bien,—dijo Eduvigis entrando en el comedor;—¿tú sabes lo que sucede?

—¿Y qué nuevas cosas suceden?—exclamó Benito Cascajares estremeciéndose, porque toda novedad le alarmaba; tan tremendas habian sido las novedades que le habian pasado de algun tiempo á esta parte.

—Pues nada; que ahí está una señora hermosísima, tan hermosa como yo no he visto dos, y que á mi modo de ver no tiene el alma tan hermosa como el cuerpo. A mí me ha dado un no sé qué de miedo al verla de repente; traía los ojos, que son negros, negrísimos hasta más no poder, de una manera que no parecia sino que aquella señora venia resuelta á alguna cosa enorme.

—Dime tú, Eduvigis: ¿qué señas tiene esa señora?

—Es morena encendida, una de esas morenas que en fuerza de la limpieza de su color parecen blancas, blanquísimas.



—¿Dices que tiene ojos negros y grandes?

—Sí.

—¿Mira de una manera profunda, intencionada?

—Sí, hombre, sí.

—¿Tiene la frente pura y despejada?

—Sí, hombre, sí: es hermosísima.

—¿Tiene los cabellos negros, sedosos y on-  
deados?

—Sí, hombre, sí.

—¿Es así, más bien alta que baja, esbelta y con  
unas magníficas formas?

—Sí, hombre, sí.

—¿Con unas manos preciosas?

—Precisamente.

—¿Viste con elegancia?

—¡Vaya! como una señora, y como una señora  
de alto coturno.

—Dime tú, Eduvigis: ¿es desenfadada sin ser in-  
solente?

—Sí, hombre.

—¿Serena, lo que se llama una mujer serena, y  
tiene trazas, así, de atreverse á todo?

—Sí, hombre, sí; parece que á ella no le puede  
poner miedo ni un rayo.

—Pues estamos como el pez en el agua,—dijo  
Cascajares, haciendo su mohin habitual, esto es, tra-  
gándose una nuez enorme.—Esa señora, según lo  
que tú me dices de ella, es ni más ni ménos que la  
doña Ana del Rey, esposa de Cosme Calcorra, el  
asesino infame, querida que fué de ese pobre conde

de la Salmedina; en fin, la persona de quien te he hablado tantas veces.

—Pues, hijo, mira tú cómo sales de este nuevo compromiso,—dijo Eduvigis,—porque esa señora viene, sin duda, á alguna cosa, y á alguna cosa gravé.

—Por lo mismo, Eduvigis, aunque tú has hecho bien en cubrirme y en decirla, como supongo, que yo no estoy en casa, es necesario no hacer esperar á esa persona: no sabes tú lo violenta, lo terrible que es: sería una imprudencia el exponerse á contraer su ira. Pero, señor, si estaba presa, ¿cómo tan de repente se encuentra en libertad, cuando su marido ha sido sentenciado á muerte? En fin, Eduvigis, yo no almuerzo más, yo he almorzado ya lo bastante, y si me quedaba algo de apetito, me lo ha satisfecho la llegada de esa señora. Voy, voy á presentarme á ella inmediatamente.

Y Benito Cascajares se arregló el peluquin, se estiró la chupa y la casaca, se miró al pasar en el grande espejo de un armario, y satisfecho de que estaba perfectamente presentable, se fué al estrado, y al abrir una puerta vidriera dijo:

—¿Me permitís, señora mia?

Ana del Rey se volvió, vió á Cascajares, y le dijo sonriendo:

—Venid, venid, amigo; tengo que hablaros de cosas muy importantes, y que por mucho que lo sean para mí, no lo son ménos para vos: venid; me alegro mucho de que hayais llegado un momento

despues de haber venido yo; vuestra esposa me habia dicho que estábais fuera.

—En efecto, sí, señora; estaba fuera, empleado en una comision de la señora princesa de Astúrias.

—¡Ah! la princesa de Astúrias,—exclamó de una manera singular, con acento ópaco y profundo, Ana del Rey;—pero sentaos, señor Cascajares, sentaos, tengo que hablaros largamente.

Benito Cascajares se sentó.

Habia tenido lugar de reponerse y aparecer tranquilo, amable, afectuoso, y aún contento de la presencia de Ana del Rey.

Sin embargo, la procesion, como suele decirse, andaba por dentro, y el susto que Cascajares sentia era de primer órden.

—Y bien, señora,—le dijo,—¿cómo puedo tener la felicidad de serviros?

—En primer lugar, señor Cascajares, necesito algun dinero.

—¡Oh, señora, si no es más que eso, me pedís la cosa más fácil del mundo; yo tengo á vuestra disposicion todos mis ahorros, sintiendo infinito que no sean tantos para tenerlos á vuestra disposicion como vos mereceis.

—No, no señor; no necesito más que una pequeña cantidad para pasar unos dias en una casa mediana, que pueda llamarse mia; porque, francamente, yo me encuentro sola en el mundo, sin hogar, y á no ser por vos, me veria obligada á pedir una limos-

na; porque yo no conozco á nadie, absolutamente á nadie; la persona que me ha traído á la desesperada situación en que me encuentro, ha muerto desgraciadamente, y su muerte ha llenado mi alma de un luto que no se la quitará jamás.

Y Ana del Rey se conmovió.

Al recuerdo punzante del conde de la Salmedina se la llenaron los ojos de lágrimas, y luego, sin poder contenerse, principió á llorar.

Cascajares no era lo que podia llamarse completamente un hombre malo.

Le quedaba algo de corazon, y se entristeció al ver el terrible dolor de Ana del Rey.

Aquel dolor no era fingido.

Las lágrimas de Ana del Rey eran de esas que sólo se vierten por el desconsuelo terrible, por la agonía del alma.

—¿Y en fin, señora, qué le hemos de hacer?— dijo Benito Cascajares;—así estaba de Dios.

—¡Ah! no digais que estaba de Dios lo que ha sucedido,—exclamó Ana del Rey, cuyas lágrimas se cortaron;—no; todo lo que ha sucedido estaba de Satanás, y las consecuencias no pueden ménos de ser terribles. Señor Benito Cascajares, yo necesito de vuestros servicios, é importa poco, muy poco, el dinero que me procureis, por alta que fuese su cantidad; necesito algo más importante de vos.

—Y bien, señora, empecemos por lo primero; vos necesitais dinero, y yo voy á traerlos inmediatamente doscientos doblenes.

—No, no necesito tanto, y sobre todo, no quiero que os apresureis; lo arreglaremos de otra manera, señor Benito Cascajares; entendámonos: lo que yo ante todo necesito es vivir de tal manera oculta, que no se sepa dónde estoy.

—¿Cómo qué, señora, tal vez os habeis escapado de la cárcel?

—Señor Benito Cascajares, yo habia sido presa sin motivo justificado, y si habia permanecido presa más tiempo del que he debido estarlo, ha sido porque el juez me ha servido y ha entretenido la causa; yo he temido siempre que mi marido se fugue de la prision, y si se hubiera fugado estando yo en libertad hubiera corrido un gravísimo peligro. Esta es una historia del diablo, señor Cascajares, y como yo, lo repito, temo que mi marido se escape de la cárcel y me encuentre, vos hareis de manera, puesto que teneis tantos conocimientos, que yo viva oculta, ocultísima, hasta que ese infame que Dios me ha dado por marido haya pasado á la eternidad.

Y el acento de Ana del Rey era lúgubre, siniestro y tal, que á pesar de sus picardías y de que no tenia la conciencia limpia, Cascajares se estremeció.

—Bien, señora, bien,—dijo;—yo tengo donde ocultaros de manera que no os encuentren ni con hurones; ¿y qué más deseais?

—Señor Benito Cascajares, yo necesito una audiencia de su majestad, una audiencia secreta, secretísima, en altas horas de la noche, cuando nadie pueda verme entrar en su cámara.

Benito Cascajares abrió enormemente los ojos, se tragó una nuez, guiñó de una manera poderosa, lo que representaba en él, como sabemos, una terrible conmoción nerviosa, y dijo:

—¿Conoceis vos bien á su majestad el rey nuestro señor don Carlos III?

—Pues porque lo conozco bien, señor Benito Cascajares, es por lo que deseo tener con su majestad una entrevista secreta.

—Pero, señora,—exclamó Cascajares,—conviniendo en que á su majestad le pueda ser muy grata vuestra visita, ¿creeis que yo puedo atreverme así, de cualquiera manera, á ir á su majestad á decirle que la señora doña Ana del Rey, aquella doña Ana del Rey que tanto su majestad conoce, desea tener con él una entrevista secreta en las altas horas de la noche? ¿habeis olvidado vos lo tieso que es el señor don Carlos III, y que puede suceder muy bien que, por un tal atrevimiento mio, haga conmigo cosas en las cuales no quiero pensar, porque me pongo malo?

—Señor Benito Cascajares, me parece que vos habeis perdido toda vuestra penetracion, y que por un accidente que no comprendo se os ha reblandecido la cabeza: ¿pues no comprendeis que esta intriga para vos puede ser inmensamente favorable? ¿No comprendeis que podeis llegar por mi medio á todas las más altas ambiciones que hayais soñado?

—Segun, segun y cómo, mi señora doña Ana,—exclamó Cascajares con acento significativo é inti-

mo;—vos no sabeis, el rey se ha quedado sin alma.

—El rey, cuando alguna de las veces que iba á mi casa me veia, palidecia al verme, y sus ojos, contra su voluntad, se volvian y me abarcaban con audacia. Estad seguro, señor Benito Cascajares, de que si el rey hubiera sido más aventurero y hubiera estado ménos cogido por el marqués de Esquilache, yo hubiera sustituido á la marquesa en el corazon del rey; pero yo no pensaba en esto, yo no queria esto: yo estaba cansada de la vida, doblegada bajo mis desgracias antes de conocer al conde de la Salmedina; despues de conocer al conde de la Salmedina, no existia para mí ni el rey, ni Dios, ni nadie más que él. Ahora es distinto: ha muerto él, necesito vengarme; el rey me repugna; le detesto, porque en parte tiene tambien la culpa de todo lo que ha sucedido, con su torpeza, con su nulidad, que le hace tan propenso á ser engañado; y sin embargo, yo necesito embriagar al rey, y le embriagaré, porque vos me acercaréis al rey, estoy segura de ello, señor Cascajares; vos no quereis disgustarme; ¿no es verdad, señor Cascajares, que vos no querreis disgustar á vuestra pobre amiga?

Y en el fondo de estas palabras de Ana del Rey habia una ironía terrible y una amenaza potente.

Cascajares se doblegó: comprendia que Ana del Rey era capaz de buscar por otro lado su aproximacion al rey Carlos III, aunque fuese necesario esperarle al pié de la escalera principal de palacio, al entrar en el coche, con un memorial en la mano, y Be-

nito Cascajares se asustó de las consecuencias que podrian sobrevenirle por no haber servido á aquella mujer satánica.

Era un nuevo compromiso que se le venia encima.

Se apresuró, pues, á decir á Ana del Rey:

—Pues por supuesto, señora, por supuesto que será lo que vos queráis; ¡y cómo no serviros con toda mi alma? aunque á decir verdad, no sé cómo manejarme; el rey nuestro señor no es tan abordable como vos creéis, particularmente para los empleados de palacio, y este caso es formidable, terrible.

—Sin embargo, los Cascajares han hecho muchas cosas, señor Benito, que parecen increíbles; yo conozco algo de la historia de vuestra familia.

—Indudablemente, el conde de la Salmedina pudo haberos contado algo,—dijo Benito Cascajares, mirando con una ansiedad mal oculta á Ana del Rey,—por su intimidad con la señora princesa de Asturias, y os hablo de esto, porque vos conocíais esa intimidad: el señor conde de la Salmedina ha sabido muchas cosas de palacio; pero exagerado ese acceso, que se decia por ciertas personas, hemos tenido siempre los Cascajares respeto á nuestros señores. En fin, doña Ana, yo haré todo lo que pueda, y espero que conseguireis lo que deseáis; y como estais impaciente, y yo no lo estoy ménos por salir del gravísimo apuro en que me poneis, os pido licencia para dejaros; cabalmente es la hora del almuerzo, y



su majestad debe estar concluyendo, y nunca está su majestad tan dispuesto para todo como despues de bien repleto.

—Sí, sí, id, señor Benito Cascajares; yo os espero, y os espero con impaciencia.

Benito Cascajares dejó á Ana del Rey, entró en el otro aposento, é informó rápidamente á Eduvigis de lo que pasaba.

Se quitó su traje de paisano y se puso el uniforme de su oficio en palacio; un uniforme algo más rico que el de los ujieres y ménos que el de los gentiles-hombres y que los mayordomos de semana; pero en fin, Benito Cascajares parecia con aquel uniforme un personaje.

Cárlos III no permitia se faltase en lo más mínimo á la etiqueta, y ninguno de sus súbditos podia presentarse á él sin el traje de etiqueta que le correspondia, ni aun los más allegados.

La casa de Borbon ha sido siempre faustosa.

Sus reyes no podian pasar sin estar rodeados de uniformes galoneados y bordados de oro.

Benito llegó en el momento en que el rey, despues de haber almorzado, entraba en su recámara.

No era la hora más á propósito para ver á su majestad, porque Cárlos III despues de haber comido necesitaba algun tiempo de reposo.

Una hora despues del almuerzo no se dejaba abordar por nadie.

En seguida salia, entraba en el tren que le esta-

ba aguardando, y se trasladaba al Pardo, donde hacia dos ó tres horas de ejercicio cazando, y despues se volvía á palacio.

A pesar de que Benito Cascajares sabia esto, tal era el susto que tenia en el cuerpo, que se atrevió á faltar á la etiqueta en aquel momento crítico.

Llegó al gentil-hombre grande de servicio, y le dijo:

—Señor duque, yo siento mucho incomodar á vucencia y suplicarle una cosa, á la que sé bien me va á poner vucencia óvices justísimos; pero se trata de un asunto muy importante, muy importante, importantísimo, y así puede vucencia decirselo á su majestad.

—¿Pero de qué se trata, señor Cascajares?—dijo lleno de bondad el duque de Escalona, que era el que en aquel momento estaba de servicio.

—Se trata, señor duque,—dijo con gran vehemencia y con gran cortesía y con gran dulzura Cascajares,—de un asunto tan grave, tan gravísimo, que podrian acontecer desgracias á su majestad si no me recibe al momento.

El duque de Escalona no encontró medio de negarse.

Sabia muy bien que podia recibir un mal encubierto desabrimiento del rey; pero, sin embargo, abrió la puerta de la cámara y dijo:

—Señor.

—¿Qué! ¿qué es eso?—dijo Cárlos III, volviéndose bruscamente.

—Aquí está Cascajares, que desea una audiencia de vuestra majestad.

—¿Y no sabe Cascajares,—contestó el rey,—que estas son horas en que yo acostumbro no dar audiencia por nada y para nada?

—Excúseme vuestra majestad, señor,—dijo el duque de Escalona,—yo no me hubiera atrevido á molestar á vuestra majestad, si Cascajares, á quien tengo por un hombre lealísimo, no me hubiera dicho que es de una alta importancia, de una importancia trascendental, el que vuestra majestad le dé en el momento audiencia.

—¡Ah! ¡ah! ¿eso dice Cascajares? pues debe ser cierto; Cascajares no se atrevería á faltar de ese modo si no fuese por una causa muy grave; hazle, hazle entrar, duque: veamos, veamos qué es lo que quiere ese buen Cascajares.

Cascajares fué inmediatamente introducido.

Hizo una profunda reverencia, adelantó en un paso particular, mesurado, igual, con arreglo á las más rígidas prescripciones palaciegas.

A cierta distancia hizo otra profunda reverencia.

Llegó al fin á cierta distancia del rey, é hincó una rodilla.

—Levántate, hombre, levántate, y acaba de una vez,—dijo Carlos III;—¿qué cosa es esa grave, gravísima, que tienes que comunicarme?

—Yo, señor, no puedo decir á vuestra majestad esa cosa tan grave aquí, donde puede ser oída

por los gentiles-hombres, que, dispénseme vuestra majestad, tienen oídos de culebra y olfato de zorra.

Cascajares era una especie de medio bufon, que se atrevía á todo hasta cierto punto con el rey.

Cárlos III tenía la apariencia de la bondad, que aparecía en él como un hábito y que le servía para encubrir sus sentimientos.

—Bien, hombre, bien, con tal de que no salgas luego con alguna tontería de las tuyas. Sígueme; vámonos á mi recámara. Además de esto, cerraré la puerta; contigo bien puedo yo encerrarme: estoy seguro de que tú no serás un agente de los jesuitas.

Como se ve por estas palabras, el rey trataba con una gran confianza á Cascajares.

Y además de esto se notaba también que los jesuitas eran su pesadilla, su eterno pensamiento.

El rey entró en su recámara.

Le siguió Cascajares.

—Cierra la puerta,—dijo el rey.

Cascajares cerró.

—Vamos pues, dime lo que te trae de una manera tan urgente.

—Pues, señor, yo no sé cómo empezar, ni cómo quedarme callado, ni qué hacer, ni en fin, dónde estoy; esto para mí es una cosa que se me ha caído encima de la cabeza, y que moralmente me ha matado.

—Pero, hombre, ¡tan grave es ese negocio?

—¡Ay, señor, señor! grave, muy grave, gravísimo, y tanto que yo estoy aterrado; pero en fin, los malos tragos se pasan de una vez. Doña Ana del Rey

solicita una visita secreta con vuestra majestad á altas horas de la noche.

Cascajares, que dijo estas palabras de la manera más extraña del mundo, con un cierto tonillo y con una cierta densidad, como aquel que dice desesperado una cosa que no puede dejar de decir y por la cual le puede acontecer una gran desgracia, se calló y se quedó encorvado delante del rey, como diciendo: *Mea culpa*: haced de mí, señor, lo que mejor os plazca.

El rey se inmutó.

Cascajares, que á pesar de todo tenia la grande prenda de la serenidad, y por muy aterrado que estuviere no dejaba pasar desapercibida la más leve circunstancia, se alentó.

La conmocion del rey habia sido para él del mejor agüero.

Aquella conmocion representaba para Cascajares una llamarada del corazon del rey, producida por un recuerdo candente.

Ana del Rey le buscaba.

Ana del Rey, aquella mujer en quien tanto habia soñado, á quien tanto habia deseado, á la que no se habia atrevido á decir ni una sola palabra, ni á indicar de la manera más leve el efecto que causaba en él: y ella estaba allí, en palacio, sin duda en la habitacion de Cascajares.

Esto habia causado la repentina palidez y el leve estremecimiento que Cascajares habia notado.

Sucedieron algunos momentos de un silencio que

podríamos llamar solemne, si hubiera sobrevenido en otra situación.

El rey era verdaderamente tieso; no le gustaban las situaciones desembozadas.

Colocaba sobre todo su dignidad real.

Sin embargo, de tal volúmen era la noticia que habia oido, que despues de algunos instantes de silencio, el rey dijo, ya repuesto, completamente sereno:

—Doña Ana me busca y quiere verme en secreto en altas horas de la noche. ¿Qué sucede á esa señora que justifique una pretension tan extraña, Benito?

—Esa señora está sola en el mundo: ha estado presa, aunque inocente, por consecuencia de los abominables crímenes de su marido, de que vuestra majestad tiene noticia; la han puesto al fin en libertad, como no podia ménos de suceder, y doña Ana del Rey, señor, es violenta: viéndose sola y desamparada en el mundo, no se ha andado por las ramas, señor, y ha venido á agarrarse á las mejores aldabas á que se podia agarrar. Yo creo que la señora doña Ana ha obrado tal vez aconsejada por su desesperacion y sin medir bien las consecuencias del paso quedaba; yo respeto mucho, señor, las intenciones, y tanto más cuando se trata de personas tales como la señora doña Ana del Rey.

Cascajares veia que la noticia, en vez de desagradar á Carlos III, le colmaba de alegría; que entraba en juego una nueva favorita, y que debia procurar estar perfectamente con ella, y por lo mismo

hablaba con el más profundo respeto de Ana del Rey.

—Bien, bien, Cascajares,—dijo Cárlos III;—es inútil que te esfuerces para justificarte, para probarme que si tú has venido con este mensaje, no has podido pasar por otro punto; yo supongo y creo que has tenido para ello poderosas, poderosísimas razones. No hablemos de esto; y en fin, tú gozas de mi confianza, Benito; ven acá, temo que aún las tapicerías de esta cámara nos escuchen; vas á hablarme con una entera confianza. ¿Qué crees tú de esa salida de doña Ana del Rey?

—Creo, señor,—contestó mucho más alentado Cascajares,—que las desgracias que han pasado por esa señora la han demostrado completamente la vanidad de las cosas humanas; que ella debe tener sus motivos, ó los supone, para creer que vuestra majestad la protegerá.

—Bien, bien, Benito; yo no puedo temer nada de doña Ana del Rey, yo no la he hecho absolutamente daño alguno; no creo que podamos temer de ella una alevosía.

—¡Oh, señor, señor, de ningún modo!—exclamó Cascajares;—por el contrario, yo creo, ya que vuestra majestad me ha autorizado para que le hable con confianza, que si doña Ana tuvo lo que vuestra majestad sabe con ese desventurado señor conde de la Salmedina, fué eso tanto por amor como por ambición: la señora doña Ana del Rey no ha nacido para vivir en un bajo estado; Dios no da hermosura

tan maravillosa, tan embriagadora, tan excepcional, sino para alentarla con un alma de fuego, con un alma ambiciosa, con un alma que se levanta alta; y lo que yo veo, señor, es que la doña Ana, una vez muerto el conde de la Salmedina, que halagaba hasta cierto punto su ambicion, se ha encontrado libre, y al verse libre se ha visto desamparada, y al verse desamparada se ha acordado de vuestra majestad, teniendo como tienen todas las mujeres que son tan idealmente hermosas, la conciencia de su hermosura; y tal vez porque vuestra majestad la haya hecho alguna vez la honra de mirarla con aficion, ella se me ha venido y me ha dicho:

»— Señor Benito Cascajares: me va el alma, la vida y tal vez la eternidad en tener con su majestad el rey nuestro señor una entrevista secreta; yo sé que vos podeis acercaros á su majestad, porque su majestad os dispensa su confianza, y por consecuencia á vos me vengo; y tened en cuenta, señor Cascajares, que si vos os negais á lo que de vos pretendo, yo hallaré medio de hacer conocer mis deseos al rey nuestro señor, y alcanzaré lo que solicito, aunque me cueste algun tiempo de espera, y entonces no me olvidaré de pagaros el disfavor que me habeis hecho.

A estas amenazas, señor, yo me resistí como honrado y leal vasallo de vuestra majestad, porque antes de molestar yo á vuestra majestad estoy dispuesto á sacrificar mi vida, y aún si fuera preciso, Dios me perdone, mi alma; pero viendo doña Ana que



conmigo por la parte de las amenazas no tenia emboque, me dijo:

»—Yo sé que vos me servireis en cuanto sepais lo útil que será para el rey nuestro señor el hablar conmigo: su majestad está amenazado; la oscura intriga en que le han envuelto no se ha terminado, y su desenlace puede ser todavía infinitamente más funesto que lo han sido los principios.

Como se ve, Benito Cascajares ponía mucho de su cosecha para salir del apuro en que todavía se encontraba delante del rey.

—¿Conque eso ha dicho doña Ana?—exclamó Carlos III;—¿que la infame intriga en que se me ha envuelto puede tener resultados más terribles aún que los que ya ha causado? Pues, señor, no entiendo ni una sola palabra de esto: no sé de qué intrigas pueda hablar doña Ana; yo estoy sobre todas las intrigas. Se ve claro que doña Ana ha pretendido sorprenderte, y te ha sorprendido.

—Sí, sí señor,—exclamó Cascajares;—se ve claro, clarísimo, que doña Ana, alentada por lo admirable, por lo rarísimo de su hermosura, piensa emplearla dignamente, y hablaba de vuestra majestad de una manera tal, que se conoce que vuestra majestad reina en el corazon de esa señora; ya se ve, la desgraciada habrá pensado tanto en vuestra majestad durante sus desgracias, que no tiene nada de extraño que se haya sentido cogida en el corazon.

—Bueno, bueno, bien, Benito; eres un excelente



hombre; no olvidaré nunca los grandes servicios que me has hecho y el que ahora mismo me prestas. A la verdad, tú has de ser el intermediario de estas cosas: ¿para qué es usar contigo un encubrimiento que no podría durar mucho tiempo? Me alegro, Cascajares, me alegro, si es que yo puedo alegrarme de algo; te lo confieso: tú comprendes que un rey por ser rey no deja de ser hombre; que yo soy viudo; que tengo el corazón libre; tú comprendes perfectamente que una mujer tal como doña Ana es una majestad de la hermosura: en fin, tú crees que doña Ana viene á mi traída por la ambición y por el corazón; yo no comprendo los amores completamente desinteresados.

—¡Oh! indudablemente, señor; como decia, permitame vuestra majestad lo diga, como decia una comadre mia que era muy ladina: «el amor para ser bueno debe estar revuelto con algo, si no es una tontería.»

—Bien, bien, Benito; pero te estará esperando doña Ana.

—Cuando la dejé me dijo: «id y volved cuanto antes, que me quedo esperando devorada por la impaciencia.»

—Muy bien, muy bien, Benito; pero escucha: yo no quiero recibir á doña Ana en palacio, ni de día ni de noche; en palacio siempre hay alguien que observa; no quiero dar escándalo; que huelan que yo salgo, bien, eso es distinto; no saben á lo que yo salgo, ni pueden presumir que yo salgo á aventuras

amorasas, porque no tengo necesidad de salir para ellas, y á más de eso yo he mantenido siempre un rígido decoro, como debo hacerlo; todo el mundo me cree completamente alejado del amor: tú solo y algún otro servidor íntimo sois los que estais en el secreto. Por nada del mundo, aunque me fueran todas las coronas de mis reinos, consentiria que entrase en mi cuarto una mujer, á no ser en audiencia pública; pero es necesario valerse de la misma casa de Cosme Calcorra: verdad es que está embargada; pero en otras ocasiones hemos entrado en ella cuando estaba abandonada. ¿Te será muy difícil hacerte con la llave de esa casa? Estoy acostumbrado á aquel saloncito, Cascajares.

—Ninguna dificultad, señor, absolutamente ninguna dificultad,—dijo Cascajares;—dentro de una hora tendré yo la llave de la casa de don Cosme Calcorra.

—Bien, bien, Cascajares,—dijo el rey;—componete como puedas: ahora ve á calmar la impaciencia de esa señora; por lo demás, ya sabes, yo te esperaré esta noche como en tiempos de la marquesa de Esquilache.

—Muy bien, señor,—dijo Cascajares.

Y se arrodilló, y luego se retiró haciendo reverencias, sin volver la espalda al rey.

Cárlos III habia quedado á un tiempo complacido y cuidadoso.

—No sé, no sé,—dijo,—si debo alegrarme ó entristecerme: ¡es tan hermosa esa doña Ana! ¡he pen-

sado tanto en ella! ¡y luego es tan penosa la viudez!

Después de esto, Carlos III se fué á dormir su siesta de costumbre, y á la misma hora de siempre se levantó y se trasladó al Pardo, donde estuvo cazando durante dos horas.

## Capítulo LXXIII.

De como era muy difícil envolver en una intriga al conde de Aranda.

Entre tanto, el conde de Aranda no se descuidaba.

Le habia alarmado gravemente la visita de Ana del Rey.

Esta habia cometido una imprudencia descubriéndose de una manera tan franca y tan violenta.

El conde de Aranda no dejó de aprovechar aquella imprudencia.

Ana del Rey salió sola de casa del conde de Aranda, pero no sin escolta.

Esta escolta la constituian dos alguaciles, en los que el conde de Aranda tenia una gran confianza.

Iban tan lejos y de una manera tan recatada,

que Ana del Rey, que habia temido ser seguida y habia vuelto más de una vez la cara, no habia podido apercibirse de ellos.

Los dos espiones del conde de Aranda continuaron tras Ana hasta que ésta se metió en palacio.

Aun dentro de palacio la siguieron los dos espiones, y se ocultaron en el gran patio, observando desde detrás de una de las pilastras la puerta de la escalera de Damas, por donde Ana del Rey habia desaparecido.

Uno de ellos fué inmediatamente á dar cuenta al conde de Aranda de que Ana del Rey habia ido á palacio.

Por órden de Aranda, el espionaje continuó.

A las diez y media de la noche, uno de los espiones, que habia quedado en el patio de palacio paseándose y haciendo la deshecha como un pretendiente que esperase á un ministro ó á un alto empleado de la secretaría, vió que por la escalera de Damas descendia una mujer esbelta, airosa, completamente cubierta con una especie de mantilla, y acompañada de un hombre pequeño, rebozado en una capa.

El espion no tuvo duda de que una de aquellas dos personas era la dama que habia salido aquella mañana de casa del conde de Aranda, y que habian seguido y que habia entrado en palacio; y que la otra persona era Benito Cascajares.

La puerta de palacio no estaba aún cerrada, porque sólo se cerraba á la media noche.